

PERIBAÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA

Lope de Vega

PERSONAJES:

El Rey D. Enrique III, de Castilla	/Labradores:
La Reina	Antón
Peribañez, labrador	Blas
Casilda, mujer de Peribañez	Gil
El Comendador de Ocaña	Benito
Gómez Marique	Llorente
Inés	Mendo
Costanza	Chaparro
Luján, lacayo	Helipe
Un cura	un pintor
Leonardo, criado	Un Secretario
Marín, lacayo	Dos Repidores
Bartolo, labrador	Labradores
Belardo, labrador	Labradoras
Condestable	Músicos
	Pajes
	Fidalgos=
	Acompañamiento
	Guardias
	Gente

La acción pasa en Ocaña, en Toledo y en el campo.

ACTO PRIMERO

(Sala en casa de Peribañez, en Ocaña)

(Escena I)

Boda de villanos, El cura, Inés, madrina; Costanza, labradora, Casilda, novia; Peribañez; Músicos, de labradores

INES : Largos años os gocéis.

COSTANZA : Si son como yo deseo, casi inmortales seréis.

CASILDA : Por el de serviros, creo que merezco que em honréis.

CURA : Aunque no parecen mal, son excusadas razones para cumplimiento igual, ni ni puede haber bendiciones que igualen con el misal. Hartas os dije : no queda cosa que deciros pueda el más deudo, el más amigo.

INES : Señor doctor, yo no digo más de que bien les suceda.

CURA : Espérello en Dios, que ayuda a la gente virtuosa. Mi sobrina es muy sensuda.

Facultad de Humanidades
UPR-RP

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG

80-004-14

8801801

CD 1

- PERIBañEZ : Sólo con no ser celosa saca este pleito de duda.
- CASILDA : No me deis vos ocasión que en mi vida tendré celos.
- PERIBañEZ : Por mi no sabréis qué son.
- INES : Dicen que al amor los cielos le dieron esta pensión.
- CURA : Sentaos, y alegrad el día en que sois uno los dos.
- PERIBañEZ : Yo tengo harta alegría en ver que me ha dado Dios tan hermosa compañía.
- CURA : Bien es que a Dios se atrebuya; que en el reino de Toledo no hay cara como la suya.
- CASILDA : Sin con amor pagar puedo, esposo, la afición tuya, de lo que debiendo quedas me estás en obligación.
- PERIBañEZ : Casilda, mientras no puedas excederme en afición, no son palabras me excedas. Toda esta villa de Ocaña poner quisiera a tus pies y aun todo aquello que baña. Tajo hasta ser portugués entrando en el mar de España. El olviar más cargado de aceitunas me parece menos hermoso, y el prado que por el mayo florece, sólo del alba pisado. No hay camuesa que se afeite que no te rinda ventaja ni rubio y dorado aceite conservando en la tinaja, que me cause más deleite. Ni el vino blanco imagino de cuarenta años tan fino como tu boca olorosa; que como al señor la rosa, le guele al villano el vino. Cepas que en diciembre arranco y en etubre dulce mosto, ni mayo de lluvias franco, ni por los fines de agosto la parva de trigo blanco, igualan a ver presente en mi casa un bien que ha sido prevención más excelente para el invierno aterido y para el verano ardiente. Contigo, Casilda, tengo cuanto puedo desear, y sólo el pecho prevengo; en él te he dado lugar, ya que merecerte vengo. Vive en él, que si un villano por la paz del alma es rey, que tú eres reina está llano, ya porque es divina ley, y ya por derecho humano. Reina, pies, que tan dichosa te hará el cielo, dulce esposa, que te diga quien te vea: la ventura de la fea pasóse a Casilda hermosa.
- 1
- CASILDA : Pues yo ¿cómo te diré lo menos que miro en ti, que lo más del alma fué? Jamás en el baile oí son que me bullese el pie, que tal placer me causade cuando el tanboril sonase, por más que el tamboñilero chillase con el guarguero y con el palo tocase. En mañana de San Juan nunca más placer me hicieron la verbena y arrayán, ni los relinchos me dieron el que tus voces me dan. ¿Cuál adufe bien templado cuál salterio te ha igualado? ¿Cuál pendón de procesión, con sus borlas y cordón, a tu sombrero chapado? No hay pies con zapatos nuevos como agradan tus amores; eres entre mil mancebos hornazo en pascua de Flores con sus picos y sus huevos. Pareces en verde prado toro bravo y rojo echado; pareces camisa nueva, que entre jazmines se lleva en azafate dorado.

Pareces cirio pascual y mazapán de bautismo,
con capillo de cendal, y paréceste a ti mismo,
porque no tienes igual'

CURA : Ea, bastan los amores, que quieren estos mancebos
bailar y ofrecer.

PERIBAÑEZ : Señores, pues no sois en amor nuevos, perdón.

UN LAERADOR : Ama hasta que adores.

(Canten y dancen)

Músicos : Dente parabienes
el mayo garrido,
los alegres campos,
las fuentes y ríos.
Alcen las cabezas
los verdes alisos,
y con frutos nuevos
almendros floridos.
Echen las mañanas,
después del rocío,
en espadas verdes
guarnición de lirios.
Suban los ganados
por el monte mismo
que cubrió la nieve,
a pacer tomillos.

Y a los nuevos desposados
eche Dios su bendición;
parabién les den los prados,
pues hoy para en uno son.

(Vuelvan a danzar)

Montañas heladas,
y soberbios riscos,
antiguas encinas
y robustos pinos,
dad paso a las aguas
en arroyos limpios,
que a los valles bajan
de los hielos fríos.
Canten ruiseñores.
y con dulces silbos
sus amores cuenten
a estos verdes mittos.
Fabriquen las aves
con nuevo artificio
para sus hijuelos
amorosos nidos.
Y a los nuevos desposados
eche Dios su bendición;
parabién les den los prados,
pues hoy para en uno son.

(Hagan gran ruido y entre Bartolo, labradores.)

ESCENA II

CURA : ¿Qué es aquello?

BARTOLO : ¿No lo veis en la gríta y el ruido?

CURA : Mas ¿que el novillo han traído?

BARTOLO : ¿Cómo un novillo? Y aun tres. Pero el
tiznado que agora traen del campo, ¡voto al
sol, que tienen brío español! No se ha
encintado en un hora. Dos vueltas ha dado
a Bras, que ningún italiano se ha vido
andar tan liviano por la maroma jarás.
A la yegua de Anton Gil, del verde recién
sacada, por la panza desgarrada se le

se le mira el perejil. No es de burlas; que a Tomás, quitándole los calzones, no ha quedado en opiniones, aunque no barbe jamás. El nueso Comendador, señor de Ocaña, y su tierra, Lizarro a picarle cierra, más gallardo que un azor. ¡Juro a mí, si no tuviera cintero el novillo!...

- CURA : Aquí ¿no podrá entrar?
- BARTOLO : Antes si.
- CUPA : Pues, Pedro, de esa manera allá me subo al terrado.
- COSTANZA : Dígale alguna oración; que ya ve que no es razón irse, señor Licenciado.
- cCURA : Pues oración ¿a qué fin?
- COSTANZA : ¿A qué fin? De resistillo.
- CUPA : Engañaste; que hay novillo que no entiende bien latín.
- COSTANZA : Al terrado va sin duda.
- INES : La grita creciendo va. Todos iremos allá; que, atado, al fin no se muda.
- BARTOLO : Es verdad que no es posible que más que la sogá alcance.

ESCENA III.

Peribañez, Casilda, Inés, Costanza, Labradores y Labradoras, músicos.

- PERIBAÑEZ Ñ ¿Tú quieres que intente un lance?
- CASILDA : ¡Ay no, mi bien, que es terrible!
- PERIBAÑEZ : Aunque más terrible sea, de los cuernos le asiré, y en tierra con él daré porque mi valor se vea.
- CASILDA : No conviene a tu decoro el día que te has casado, ni que un recién desposado se ponga en cuernos de un toro.
- PERIBAÑEZ : Si refranes considero, dos me dan gran pesadumbre: que a la cárcel, ni aun por lumbre y de cuernos ni aun tintero. Quiero obedecer.

(Ruido y voces dentro)

- CASILDA : ¡Ay Dios!
¿Qué es esto?

ESCENA IV

- Gente : (dentro) Qué gran desdicha!
 - CASILDA : Algún mal hizo por dicha.
 - PERIBAÑEZ : ¿Cómo estando aquí los dos?
- (Bartolo vuelve)
- BARTOLO : ¡Oh, que nunca le trujeran, pluguiera al cielo, del soto!. A la fe, que no se alaben de aquesta fiesta los mozos. ¡Oh mal hayas, el

novillo! Nunca en el abril llovioso halles hierba en verde prado, mas que si fuera en agosto . Siempre te venza el contrario cuando estuvieres celoso, y por los bosques bramando, ha halles secos los arroyos. Fuera en manos del vulgo, a pura garrocha, en coso; no te mate caballero con lanza o cuchillo de oro; mal lacayo por detrás , con el acero mocho. te haga sentar por fuerza, y manchar en sangre el polvo.

PERIBAÑEZ : Repértate ya, si quieres, y dinos lo que es, Bartolo; que no maldijera más Zamora a Bellido Dolfos.

BARTOLO : El Comendador de Ocaña, mueso señor generoso, en un bayo que cubrían moscas negras pecho y lomo; mostrando por un bozal de plata el rostro fogoso, y lavando en blanca espuña un tefetán verde y rojo, pasaba la calle acaso; y viendo correr el toro; caló la gorra y sacó de la capa el brazo airoso, vibró la vara, y las piernas puso al bayo, que era un corzo; y, al bñtir los acátates, revolviendo el vulgo loco, trabó la soga al caballo, y cayó en medio de todos. Tan grande fué la caída. que es el peligro forzoso Pero ¿qué os cuento, si aquí le trae la gente en hombros?

El Comendador entre algunos labradores; dos lacayos de librea; Marín y Luján, boreguís, capa y gorra.

BARTOLO : Aquí estaba el Licenciado, y lo podrán absolver.

INES : Pienso que se fué a esconder.

PERIBAÑEZ : Sueb, Bartolo, al terrado.

BARTOLO : Voy a buscarle.

PERIBAÑEZ : Camina

(Vase Bartolo. x Ponen en una silla al Comendador)

LUJAN : Por silla vamos, los dos en que llevarle, si Dios llevársele determina.

MARIN : Vamos, Luján, que sospecho que es muerto él Comendador.

LUJAN : El Corazón de temos me va saltando en el pecho.

(Vanse Luján y Marín)

CASILDA : Id vos, porque me parece, Pedro, que algo vuelve en sí, y traed agua.

PERIBAÑEZ : Si aquí el Comendador muriese, no vivo más en Ocaña. ¡Maldita la fiesta sea!

(Vanse todos. Queden Casilda y el Comendador, en una silla; y ella tomándole las manos.)

ESCENA VI

CASILDA : ¡Oh qué mal el mal se emplea en quien es la flor de España! ¡Ah gallardo caballero! ¡Ah valiente lidiador! ¿Sois vos quien daba temor con ese desnudo acero a los moros de Granada? ¿Sois vos quien tantos mató? Una soga ¿derribó a quien no pudo su espada? Con soga os hiere la muerte; mas será por ser ladrón de la gloria y opinión de tanto capitán fuerte. ¡Ah, señor Comendador!

- COMENDADOR : ¿Quién llama? ¿Quién está aquí?
- CASILDA : ¡Albricias, que habló!
- COMENDADOR : ¡Ay de mí! ¿Quién eres?
- CASILDA : Yo soy, señor. Nos os aflijáis; que no estáis donde no os desean más bien que vos mismo, aunque también quejas, mi señor, tangáis de haber corrido aquel toro. Haced cuenta que esta casa es vuestra.
- COMENDADOR : Hoy a ella pasa, todo el humano tesoro. Estuve muerto en el suelo, y como ya lo creí, cuando los ojos abrí, pensé que estaba en el cielo. Desengañadme, por Dios; que es justo pensar que sea cielo donde un hombre vea que hay ángeles como vos.
- CASILDA : Antes por vuestras razones podría yo presumir, que estáis cerca de morir.
- COMENDADOR : ¿Cómo?
- CASILDA : Porque veis visiones. Y advierta vuesa señoría que, si es agradecimiento de hallarse en el aposento desta humilde casa mía, de hoy solamente lo es.
- COMENDADOR : ¿Sois la novia, por ventura?
- CASILDA : No por ventura, si dura y crece este mal después, venido por mi ocasión.
- COMENDADOR : ¿Qué vos estáis ya casada?
- CASILDA : Casada y bien empleada.
- COMENDADOR : Pocas hermosas lo son.
- CASILDA : Pues por esi he yo tenido la ventura de la fea,
- COMENDADOR : (Aparte) ¡Que un tosco villano sea desta hermosura marido! ¿Vuestro nombre?
- CASILDA : Con perdón, Casilda, señor, me nombro.
- COMENDADOR : (Aparte) De ver su traje me asombro y su rara perfección. Diamante en plomo engastado, ¡dichoso el hombre mil veces a quien hermosura ofreces!
- CASILDA : no es él el bien empleado; yo lo soy, Comendador: créalo su señoría.
- COMENDADOR : Aun para ser mujer mía tenéis, Casilda valor. Dame licencia que pueda regalarte.

(Peribañez, entra)

Escena VII

- PERIBAÑEZ : No parece el Licenciado: si crece el accidente.
- CASILDA : Ahí te queda, porque ya tiene salud don Fadrique, mi señor.
- PERIBAÑEZ : Albricias te da mi amor.
- COMENDADOR : Tal ha sido la virtud desta piedra celestial.

Escena VIII

Marín, Luján - Lacayos

MARIN : Ya dicen que ha vuelto en sí.

LUJAN : Señor, la silla está aquí.

COMENDADOR : Pues no pase del portal: que no he menester ponerme en ella.

LUJAN : ¡Gracias a Dios! E

COMENDADOR : Esto que os debo a los dos, si con salud vengo a verme, satisfaré de manera que conozcáies lo que siento vuestro buen acogimiento.

PERIBAÑEZ : Si a vuestra salud pudiera, señor, ofrecer la mía, no lo dudéis.

COMENDADOR : Yo lo creo.

LUJAN : ¿Qué sientes?

COMENDADOR : Un gran deseo, que cuando entré no tenía.

LUJAN : No lo entiendo.

COMENDADOR : Importa poco.

LUJAN : Yo hablo de tu caída.

COMENDADOR : En peligro está mi vida por un pensamiento loco.

(Váyanse: queden Casilda y Peribañez)

ESCENA IX

PERIBAÑEZ : Parece que va mejor.

CASILDA : Lástima, Pedro, me ha dado.

PERIBAÑEZ : Por mal agüero he tomado que caiga el Comendador. ¡Mal haya la feista, amén, el novillo y quien le ató!

CASILDA : No es nada, luego me habló! Antes lo tengo por bien porque nos haga favor, si ocasión se nos ofrece.

PERIBAÑEZ : Casilda, mi amor merece satisfacción de mi amor. Ya estamos en nuestra casa, su dueño y mío has de ser: ya sabes que la mujer para obedecer se casa; que así se lo dijo Dios en el principio del mundo, que en eso estriba, me fundo, la paz y el bien de los dos. Espero, amores, de ti que has de hacer gloria mi pena.

CASILDA : ¿Qué ha de tener para buena una mujer?

PERIBAÑEZ : Oye.

CASILDA : Di.

PERIBAÑEZ : Amar y honrar su marido es letra de este abecé, siendo buena por la B, que es todo el bien que te pido. Haráte cuerda la C, la D dulce y entendida la E, y la F en la vida firme, fuerte y de gran fe. La G grave, y para honrada la H, que con la I te hará ilustre, si de ti queda mi casa ilustrada. Limpia será por la L, y por la M maestra de tus hijos, cual lo muestra quien de sus

vicios se duele. La N te enseña un no a solicitudes locas que este no, que aprenden pocas está en la N y la O.

La P te hará pensativa, la Q bien quieta, la R con tal razón que destierre toda locura excesiva. Solícita te ha de hacer de mi regalo la S, la T tal que no pudiese hallarse mejor mujer. La V te hará verdadera, la X buena cristiana, letra que en la vida humana has de aprender la primera. Por la Z has de guardarte de ser zelosa; que es cosa que nuestra paz amorosa puede, Casilda, quitarte. Aprende este canto llano; que con aquesta cartilla tú serás flor de la villa, y yo el más noble villano.

- CASILDA : Estudiaré, por servirte, las letras de ese abecé; pero dime si podré otro, mi Pedro decirte, si no es acaso licencia.
- PERIBAÑEZ : Antes yo me huelgo. Dí; que quiero aprender de ti,
- CASILDA : Pues escucha, y ten paciencia. La primera letra es A, que altanero no has de ser; por la B no me has de hacer burla para siempre ya. La C te hará compañero en más trabajos; la D dadivoso, por la fe con que relarte espero. La F de fácil trato, la G galán para mí, la H honesto, y la I sin pensamiento de ingrato. Por la L liberal, y por la M el mejor marido que tuvo amor, porque es el mayor caudal. Por la N no serás necio, que es fuerte castigo por la O solo conmigo todas las horas tendrás. Por la P me has de hacer obras de padre porque quererme por la Q, será ponerme en la obligación que cobras. Por la R regalame, y por la S servirme, por la T tenerte firme, por V verdad tratarme; por la X con abiertos brazos imitarla así, (Abrazale) Y como estamos aquí, estemos despues de muertos.
- PERIBAÑEZ : Yo me ofrezco, prenda mía, a saber esté abecé' ¿Quieres más?
- CASILDA : Mi bien, no sé si me atreva el primer día a pedirte un gran favor.
- PERIBAÑEZ : Mi amor se agravia de ti.
- CASILDA : ¿Cierto?
- PERIBAÑEZ : Sí.
- CASILDA : Pues oye.
- PERIBAÑEZ : Di cuanto es obligar mi amor.
- CASILDA : El día de la Assumpción se acerca; tengo deseo de ir a Toledo, y creo que no es gusto es devoción de ver la imagen también del Sagrario, que aquel día sale en procesión.
- PERIBAÑEZ : La mía es tu voluntad, mi bien. Tratemos la partida.
- CASILDA : Ya por la G me pareces Galán; tus manos mil veces besos.
- PERIBAÑEZ : A tus prima convida, y vaya un famoso carro.
- CASILDA : ¿Tanto me quieres honrar?
- PERIBAÑEZ : Allá te pienso comprar....
- CASILEA : Dilo.

PEPIBAÑEZ : PE
: Un vestido lizarro. (Entréense.)

(Sala en casa del Comendador)

Escena X

Salga el comendador y Leonardo, criado

COMENDADOR : Llámale, Leonardo, presto a Luján.

LEONARDO : Ya le avise; pero estaba descompuesto.

COMENDADOR : Vuelve a llamarle.

LEONARDO : Yo iré.

COMENDADOR : Parte.

LEONARDO : (Aparte) ¿En qué ha de parar esto? Cuando se siente mejor, tiene más melancolía, y se queja sin dolor; suspiros al aire envía: mátenme si no es amor. (Váyase)

Escena XI

COMENDADOR : Hermosa labradora, más bella, más lucida, que va del sol vestida la colorada aurora; sierra de blanca nieve, que los rayos de amor vencer se atreve, parece que cogiste con esas blancas manos en los campos lozanos, que el mayo adorna y viste, cuentas flores agora, céfiro engendra en el regazo a Flora. Yo vi los verdes prados llamar tus plantas bellas, por florecer con ellas, de su nieve pisados, y vi de tu labranza nacer al corazón verde esperanza. ¡Venturoso el villano que tal agosto ha hecho del trigo de tu pecho, con atrevida mano, y que con blanca barba verá en sus eras de tus hijos parva. Para tan gran tesoro de fruto sazonado el mismo sol dorado te preste el carro de oro o el que forman estrellas, pues las del norte no serán tan bellas; por su azadón trocara mi dorada cuchilla, a Ocaña tu casilla, casa en que el sol repara. ¡Dichoso tú, que tienes en la troj de tu lecho tantos bienes!

escena XII

(Entra Luján)

LUJAN : Perdona, que estaba el bayo necesitado de mí.

COMENDADOR : Muerto estoy, matóme un rayo; aun dura, Luján, en mi la fuerza de aquel desmayo.

LUJAN : ¿Todavía persevera, y aquella pasión te dura?

COMENDADOR : Como va el fueho a su esfera, el alma a tanta hermosura sube cobarde y ligera. Si quiero, Luján, hacerme amigo deste villano, donde el honor menos duerme que en el sutil cortesano, ¿qué medio puede valerme? ¿Será bien decir que trato de no parecer ingrato al deseo que mostró, y hacerle algún bien?

LUJAN : Si yo quisiera bien, con recato, quiero decir, advertido de un peligro conocido, primero que a la mujer, solicitaba tener la gracia de su marido. Este, aunque es hombre de bien y honrado entre sus

iguales, se descuidará también, si el haces obras tales como por otros se ven. Que hay marido que obligado, procede más descuidado en la guarda de su honor; que la obligación, señor descuida el mayor cuidado.

- COMENDADOR : ¿Qué le dará por primeras señales?
- LUJAN : Si consideras lo que un labrador adulas, será darle un par de mulas más que si a Ocaña le dieras.
- Este es el mayor tesoro de un labrador; y a u esposa unas arracadas de oro que con Angélica hermosa esto escriben de Medoro. Reinaldo fuerte en roja sangre baña por Angélica el campo de Agramante; cubre de cuerpos la marcial campaña; la furia Malgesí del cetro engaña, sangriento corre el fiero Sacripante; cuanto le pone la ocasión delante, derriba al suelo Ferragut de España! Más, mientras los gallardos paladines armados tiran tajos y reveses, presentóle Medoro unos chapines; y en entre unos verdes olmos y cipreses gozó de amor los regalados fines, y la tuvo suya trece meses.
- COMENDADOR : No pintó mal el poeta lo que puede el interés.
- LUJAN : Ten por opinión discreta la del dar, porque al fin es la más breve y más secreta! Los servicios personales son vistos públicamente y dan del amor señales! El interés diligente, que negocia por metales, dicen que lleva los pies todos envueltos en lana.
- COMENDADOR : Pues alto, venza interés!
- LUJAN : Mares y montes allana, y tú lo verás después.
- COMENDADOR : Desde que fuiste conmigo, Luján, al Andalucía, y fuí en la guerra testigo de tu honra y valentía, huelgo de tratar contigo todas las cosas que son de gusto y secreto, a efeto de saber tu condición; que un hombre de bien discreto es digno de estimación en cualquier parte o lugar que le ponga su fortuna; y yo te pienso mudar deste officio.
- LUJAN : Si en alguna cosa te puedo agradar, mándame, y verás mi amor; que yo puedo, señor, ofrecerte otras grandezas.
- COMENDADOR : Sácame destas tristezas!
- LUJAN : Este es el medio mejor
- COMENDADOR : Pues vamos, y buscarás el par de mulas más bello que él haya visto jamás.
- LUJAN : Ponles ese yugo al cuello; que antes de un hora verás arar en su pecho fiero surcos de afición, tributo que de tu cosecha espero; que en trigo de amor, no hay fruto, si no se siembre dinero.

(Vayánse)

(Sala en casa de Peribañez)

Escena XIII

Salgan Inés, Costanza y Casilda)

- CASILDA : No es tarde para partir.
- INÉS : El tiempo es bueno, y es llano todo el camino.
- COSTANZA : En verano suelen muchas veces ir en diez horas, aun en menos. ¿Qué galas llevas, Inés.

- INES : Pobres, y el talle que ves.
- COSTANZA : Yo llevo unos cuerpo llenos de pasamanos de plata.
- INES : Desabrochado el sayuelo, salen bien.
- CASILDA : De terciopelo sobre encarnada escarlata los pienso llevar, que son galas de mujer casada.
- COSTANZA : Una basquiña prestada me daba, Inés, la de Antón. Era palmilla gentil de Cuenca, si allá se teje, y obligame a que la deje Menga, la de Blasco Gil; porque dice que el color no dice bien con mi cara.
- INES : Bien sé yo quien te prestara una faldilla mejor.
- COSTANZA : ¿Quién?
- INES : Casilda.
- CASILDA : Si tú quieres, la de grana blanca es la buena, o la verde, que está lena de vivos.
- COSTANZA : Liberal eres y bien acondicionada: mas, si Pedro ha de reñir, no te la quiero pedir, y guárdete Dios, casada.
- CASILDA : No es Peribañez, Costanza, tan mal acondicionado.
- INES : ¿Quiérete bien tu velado?
- CASILDA : ¿Tan presto temes mudanza? No hay en esta villa toda novios de placer tan ricos; pero aun comemos los picos de las roscas de la boda.
- INES : ¿Dícete muchos amores?
- CASILDA : No sé yo cuáles son pocos; sé que mis sentidos locos lo están de tantos favores. Cuando se muestra el lucero viene del campo mi esposo, de su cena deseoso; siéntele el alma primero. y salgo a abrille la puerta, arrojando el amohadilla que siempre tengo en la villa quien mis labores concierta. El de las mulas se arroja y yo me arrojo en sus brazos; tal vez de nuestros abrazos la bestia hambrienta se enoja, y sintiéndola gruñir, dice: "En dándole la cena al ganado, cara buena volverá Pedro a salir." Mientras él paja les echa, ir por cebada me manda; yo la traigo él la zaranda; y deja la que aprovecha. Revuélvela en el pesebre, y allí me vuelve a abrazar; que no hay tan bajo lugar que el amor no le celebre. Salimos adonde ya está dándonos voces la olla, porque el ajo y la cebolla, fuera del olor que da por toda nuestra cocina, tocan a la cobertera el villano de manera, que a bailalle nos inclina. Sácola en limpios manteles, no en plata, aunque yo quisiera; platos son la Talavera, que están vertiendo claveles. Aváhole su escodilla de sopas con tal primor, que no la come mejor el señor de muesa villa; y él lo paga, porque a fe, que apenas bocado toma, de que, como a su paloma, lo que es mejor no me dé.

Bebe y deja la mitad, bébole las fuerzas yo, traigo olivas, y si no, es postre la voluntad. Acabada la comida, puestas las manos los dos, dámosle gracias a Dios por la merced recibida; y vámonos a acostar, donde le pesa a la aurora cuando se llega la hora de venimos a llorar. ¡Dichosa tú, casadilla, que en tan buen estado estás! Ya, ya no falta más sino salir de la villa.

Escena XIV

(Entra Peribáñez)

Casilda : ¿Está el carro aderezado?

Peribáñez : Lo mejor que puede está.

Casilda : Luego ¿pueden subir ya?

Peribáñez : Pena, Casilda, no ha dado el ver que el carro de Blas lleva alhorbra y repostero.

Casilda : Pídele a algún caballero.

Inés : Al Comendador podrás.

Peribáñez : El nos mostraba afición, y pienso que nos lo diera.

Casilda : ¿Qué se pierde en ir?

Peribáñez : Espera; que a la fe que no es razón que vaya sin repostero.

Inés : Pues vámonos a vestir.

Casilda : También le puedes pedir...

Peribáñez : ¿Qué, mi Casilda?

Casilda : Un sombrero.

Peribáñez : Eso no.

Casilda : ¿Por qué? ¿Es exceso?

Peribáñez : Porque pluras de señor podrán darnos por favor a ti viento y a mí peso.

(Váyanse todos)

(Sala en casa del Comendador)

Escena XV

(Entra el Comendador y Luján)

Comendador : Ellas son con extremo.

Luján : Yo no he visto mejores bestias, por tu vida y mía, en cuantas he tratado, y no son pocas,

Comendador : Las arracadas faltan.

Luján : Dijo el dueño que cumplen a estas yerbas los tres años, y costaron lo mismo que le diste, habrá un mes, en la feria de Mansilla, y que saben muy bien de albarda y silla.

- Comendador : ¿De qué manera, di, Luján, podremos darlas a Peribáñez, su marido, que no tenga malicia en mi propósito?
- Luján : Llamándole a tu casa, y previéndole de que estás a su amor agradecido. Pero cáusame risa en ver que hagas tu secretario en cosas de tu gusto un hombre de mis prendas.
- Comendador : No te espantes; que sirviendo mujer de humildes prendas, es fuerza que lo trate con las tuyas. Si sirviera una dama, hubiera dado parte a mi secretario o mayordomo o a algunos gentilhombres de mi casa. Estos hicieran joyas, y buscaran cadenas de diamantes, brincos, perlas, telas, rasos damascos, terciopelos, y otras cosas extrañas y exquisitas, hasta en Arabia procurar la fénix; pero la calidad de lo que quiero me obliga a darte parte de mis cosas, Luján; aunque eres mi lacayo, mira que para comprar mulas eres propio; de suerte que yo trato el amor mío de la manera misma que él me trata.
- Luján : Ya me no fué tu amor, señor, discreto, el modo de tratarle lo parece.

Escena XVI

(Entra Leonardo)

- Leonardo : Aquí está Peribáñez.
- Comendador : ¿Quién Leonardo?
- Leonardo : Peribáñez, señor.
- Comendador : ¿Qué es lo que dices?
- Leonardo : Digo que me pregunta Peribáñez por ti, y yo pienso bien que le conoces. Es Peribáñez labrador de Ocaña, cristiano viejo y rico, hombre tenido en gran veneración de sus iguales, y que, si se quisiese alzar agora en esta villa, seguirán su nombre cuantos salen al campo con con su arado, porque es, aunque villano, muy honrado.
- Luján : ¿De qué has perdido al color?
- (Ap. a su amo)
- Comendador : ¡Ay cielos! Que de sólo venir el que es esposo de una mujer que quiero bien, me sienta descolorido, helar y temblar todo.
- Luján : Luego ¿no ternás ánimo de verle?
- Comendador : Di que entre; que, del modo que a quien ama la calle, las ventanas y las rejas agradables le son, y en las criadas parece que ve el rostro de su dueño, así pienso mirar en su marido la hermosura por quien estoy perdido.

Escena XVIII

(Peibáñez con capa)

- Peribáñez : Dame tus generosos pies.
- Comendador : ¡Oh Pedro! Seas mil veces bien venido. Dame otras tantas tus brazos.
- Peribáñez : ¡Señor mío! ¡Tanta merced a un rústico villano de los menores que en Ocaña tienes! ¡Tanta merced a un labrador!
- Comendador : No eres indigno, Peribáñez, de mis brazos; que, fuera de ser hombre bien nacido, y por tu entendimiento y tus costumbres honra de los vasallos de mi tierra, te debo estar agradecido, y tantocuan to ha sido por ti tener la vida que pienso que sin ti fuera perdida. ¿Qué quieres desta casa?
- Peribáñez : Señor mío, yo soy, ya lo sabrás, recién casado. Los hombres, y de bien, cual lo profeso, hacemos, aunque podres, el oficio que hicieran los galanes de palacio. Mi mujer me ha pedido que la lleve a la fiesta de agosto, que en Toledo es, como sabes, de su santa iglesia celebrada de suerte, que convoca a todo el reino. Van también sus primas. Yo, señor, tengo en casa pobres sargas no franceses tapices de oro y seda, no reposteros con doradas armas, ni coronados de blasón y plumas los timbres generosos; y así, vengo a que se digne vuestra señoría de prestarme una alhombra y repostero para adornar el carro; y le suplico que mi ignorancia su grandeza abone, y como enamorado me perdone.
- Comendador : ¿Estás contento, Peribáñez?
- Peribáñez : Tanto, que no trocara a este sayal grosero la encomienda mayor que el pecho cruza de vuestra señoría, porque tengo mujer honrada, y no de mala cara, buena cristiana, humilde, y que me quiere, no sé si tanto como yo la quiero, pero con más amor que mujer tuvo.
- Comendador : Tenéis razón de amar a quien os ama por ley divina y por humanas leyes; que a vos eso os agrada como vuestro. ¡Hola! Dalde el alfombra mequinez, con ocho reposteros de mis armas; y pues hay ocasión para pagarle el buen acogimiento de su casa, adonde hallé la vida, las dos mulas que compré para el coche de camino; y a su esposa llevad las arracadas, si el platero las tiene ya acabadas.
- Peribáñez : Aunque bese la tierra, señor mío, en tu nombre mil veces, no te pago una mínima parte de las muchas que debo a las mercedes que me haces. Mi esposa y yo, hasta aquí vasallos tuyos, desde hoy somos esclavos de tu casa.
- Comendador : Ve, Leonardo, con él.
- Leonardo : Vente conmigo
- (Vanse)

Escena XVIII

- Comendador : Luján, ¿qué te parece?
- Luján : Que se viene la ventura a tu casa.
- Comendador : Escucha aparte: el alazán al punto me adereza; que quiero ir a Toledo rebozado, porque me

lleva el alma esta villana.

Luján : ¿Seguirla quieres?

Comendador : Sí pues me persigue, porque este ardor con verla se mitigue.

(Váyanse)

(Entrada a la catedral de Toledo)

Escena XIX

(Entren con acompañamiento el Rey D. Enrique III y el Condestable)

Condestable : Alegre está la ciudad, y a servirte apercebida, con la dichosa venida de tu sacra majestad. Auméntales el placer ser víspera de tal día.

Rey : El deseo que tenía me pueden agradecer. Soy de su rara hermosura el mayor apasionado.

Condestable : Ella en amor y en cuidado notablemente procura mostrar agradecimiento.

Rey : Es otava maravilla, es corona de Castilla, es su lustre y ornamento, es cabeza, Condestable, de quien los miembros reciben vida, con que alegres viven; es a la vista admirable. Como Roma, está sentada sobre un monte que ha vencido los siete por quien ha sido tantos siglos celebrada. Salgo de su santa iglesia con admiración y amor.

Condestable : Este milagro, señor, vence al antiguo de Efesia ¿Piensas hallarte mañana en la procesión?

Rey : Iré, para ejemplo de mi fe, con la Imagen soberana; que la querría obligar a que rogase por mí en esta jornada.

Escena XX

Paje : Aquí tus pies vienen a besar dos regidores, de parte de su noble ayuntamiento.

Rey : Di que lleguen.

(Dos Regidores)

Un Regidor : Esos pies besa, gran señor, Toledo, y dice que, para darte respuesta con breve acuerdo a lo que pides, y es justo, de la gente y el dinero, juntó sus nobles, y todos, de común consentimiento, para la jornada ofrecen mil hombres de el reino y cuarenta mil ducados.

Rey : Mucho a Toledo agradezco el servicio que me hace; pero Toledo en efeto. ¿Sois caballeros los dos?

Regidor : Los dos somos caballeros.

Rey : Pues hablad al Condestable mañana, porque Toledo vea que en vosotros pago lo que a su nobleza debo.

Escena XXI

(Entran Inés y Costanza y Casilda con sombreros de borlas y vestidos de labradoras al uso de la Sagra; y Peribáñez y el Comendador, de camino, derás)

- Inés : Pardiez, que tengo de verle, pues hemos venido a tiempo que está el Rey en la ciudad.
- Costanza : ¡Oh qué gallardo mancebo!
- Inés : Este llaman don Enrique Tercero.
- Casilda : ¡Qué buen tercero!
- Peribáñez
1 : Es hijo del rey don Juan el Primero, y así, es nieto del Segundo don Enrique, el que mató al rey don Pedro, que fué Guzmán por la madre, y valient caballero; aunque más lo fué el hermano; pero cayendo en el suelo, valióse de la fortuna, y de los brazos asiendo a Enrique, le dió la daga, que agora se ha vuelto cetro.
- Inés : ¿Quién es aquel tan erguido que habla con él?
- Peribáñez : Cuando menos el Condestable.
- Casilda : ¿Qué, son los reyes de carne y hueso?
- Costanza : Pues ¿de qué pensabas tú?
- Casilda : De damasco o terciopelo.
- Costanza : ¡Sí que eres boba en verdad!
- Comendador
(Aparte) : Como sombra voy siguiendo el sol de aquesta villana, y con tanto atrevimiento, que de la gente del Rey el ser conocido temo. Pero ya se va al alcázar.

(Vase el Rey y su gente)

- Inés : ¡Hola! El Rey se va.
- Costanza : Tan presto, que aun no he podido saber si es barbarrubio o taheño.
- Inés : Los reyes son a la vista, Costanza, por el respeto, imágenes de milagros porque siempre que los vemos, de otra color nos parecen.

Escena XXII

(Luján, entre con un Pintor)

- Luján : Aquí está.
- Pintor : ¿Cuál dellas?
- Luján : Quedo. Señor, aquí está el pintor.
- Comendador : ¡Oh amigo!
- Pintor : A servirte vengo.
- Comendador : ¿Traes el naipe y dolores?
- Pintor : Sabiendo tu pensamiento, dolores y naipe traigo.
- Comendador : Pues, con notable secreto, de aquellas tres labradoras me retrata la de en medio luego que en cualquier lugar tomen con espacio asiento.
- Pintor : Que será dificultoso temo; pero yo me atrevo a que se parezca mucho.
- Comendador : Pues advierte lo que quiero. Si se parece en el naipe, deste retrato pequeño quiero que hagas uno grande con más espacio en un lienzo.

- Pintor : ¿Quiéresle entero?
- Comendador : No tanto; basta que de medio cuerpo, mas con las mismas patenas sargas, camisa y sayuelo.
- Luján : Allí se sientan a ver la gente.
- Pintor : Ocasión tenemos. Yo haré el retrato.
- Peribáñez : Casilda, tomemos aqueste asiento para ver las luminarias.
- Inés : Dicen que al ayuntamiento traerán bueyes esta noche.
- Casilda : Vamos: que aquí los veremos sin peligro y sin estorbo.
- Comendador : Retrata, pintor, al cielo, todo bordado de nubes, y retrata un prado ameno todo cubierto de flores.
- Pintor : Cierto que es bella en extremo.
- Luján : Tan bella, que está mi amo todo cubierto de vell de convertido en salvaje.
- Pintor : La luz faltará muy presto.
- Comendador : No lo temas; que otro sol tiene en sus ojos serenos, siendo estrellas para ti, para mí rayos de fuego.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

(Ssla de juntas de una cofradía, en Ocaña)

Escena I

(Cuatro labradores: Blas, Gil, Antón, Benito)

- Benito : Yo soy deste parecer.
- Gil : Pues sentaos y escribildo.
- Antón : Mal hacemos en hacer entre tan pocos cabildo.
- Benito : Ya se llamó desde ayer.
- Blas : Mil faltas se han conocido en esta fiesta pasada.
- Gil : Puesto, señores, que ha sido la procesión tan honrada y el Santo tan bien servido, debemos considerar que parece mal faltar en tan noble cofradía lo que ahora se podría fácilmente remediar.
Y cierto que, pues que toca a todos un mal que daña generalmente, que es poca devoción de toda Ocaña, y a toda Esvaña provoca, de nuestro santo Patrón, Poque, vemos cada día aumenta la devoción una y otra cofradía, una y otra procesión en el reino de Toledo. Pues ¿por qué tenemos miedo a ningún gasto?
- Benito : No ha sido sino descuido y olvido.

Escena II

(Entra Peribáñez)

- Peribáñez : Si en algo serviros puedo, véisme aquí, si ya no es tarde.
- Blas : Peribáñez, Dios os guarde, gran falta nos habéis hecho.
- Peribáñez : El no seros de provecho me tiene siempre cobarde.
- Benito : Toma asiento junto a mí.
- Gil : ¿Dónde has estado?
- Peribáñez : En Toledo; que a ver con mi esposa fuí la fiesta.
- Antón : ¿Gran cosa?
- Peribáñez : Puedo decir, señores, que vi un cielo en ver en el suelo su santa iglesia, y la imagen que ser más bella recelo, si no es que a pintarla bajen los escultores del cielo; porque, quien la verdadera no haya visto en la alta esfera del trono en que está sentada, no podrá igualar en nada lo que Toledo venera. Hízose la procesión con aquella majesta que suelen, y que es razón, añadiendo autoridad el Rey en esta ocasión. Pasaba al Andalucía para proseguir la guerra.
- Gil : Mucho nuestra cofradía sin vos en mil cosas yerra.
- Peribáñez : Pensé venir otro día, y hallarme a la procesión de nuestro Roque divino; pero fué vana intención, porque mi Casilda vino con tan devota intención, que hasta que pasó la octava no pude hacella venir.
- Gil : ¿Qué allá el señor Rey estaba?
- Peribáñez : Y el maestro, oí decir, de Alcántara y Calatrava. ¡Brava jornada aperciben! No ha de quedar moro en pie de cuantos deben y viven el Betis, aunque bien sé del modo que los reciben. Pero, esto aparte dejando, ¿de qué estábades tratando?
- Benito : De la nuestra cofradía de San Roque, y, a fe mía, que el ver que has llegado cuando mayordomo están haciendo, me ha dado, Pedro, a pensa que vienes a serlo.
- Antón : En viendo a Peribáñez entrar, lo mismo estaba diciendo.
- Blas : ¿Quién lo ha de contradecir?
- Gil : Por mí digo que lo sea, y en la fiesta por venir se ponga cuidado, y vea lo que es menester pedir.
- Peribáñez : Aunque por recién casado replicar fuera razón, puesto que me habéis honrado, agravio mi devoción, huyendo el rostro al cuidado. Y por servir a San Roque, la mayordomía aceto para que más me provoque a su servicio.
- Antón : En efeto, haréis mejor lo que toque.
- Peribáñez : ¿Qué es lo que falta de hacer?
- Benito : Yo quisiera proponer que otro San Roque se hiciese más grande, porque tuviese más vista.
- Peribáñez : Buen parecer. ¿Qué dice Gil?
- Gil : Que es razón; que es viejo y chico el que tiene la cofradía.

- Peribáñez : ¿Y Antón?
- Antón : Que hacerle grande conviene, y que ponga devoción. Está todo desollado el perro, y el panecillo más de la mitad quitado, y el santo, quiero decillo, todo abierto por un lado, y a los dos dedos, que son con que da la bendición, falta más de la mitad.
- Peribáñez : Blas ¿qué diz?
- Blas : Que a la ciudad vayan hoy Pedro y Antón, y hagan aderezar el viejo a algún buen pintor, porque no es justo gastar ni hacerle agora mayor, pudiéndole renovar.
- Peribáñez : Blas dice bien, pues esta tan pobre la cofradía; mas ¿cómo se llevará?
- Antón : En vuesa pollina o mía sin daño y golpes irá, de una sábana cubierto.
- Peribáñez : Pues esto baste por hoy, si he de ir a Toledo.
- Blas : Advierto que este parecer que doy no lleva engaño encubierto; que si se ofrece gastar, cuando Roque se volviera San Cristóbal, sabré dar mi parte.
- Gil : Cuando eso fuera, ¿quién se pudiera excusar?
- Peribáñez : Pues vamos, Antón; que quiero despedirme de mi esposa.
- Antón : Yo con la imagen te espero.
- Peribáñez : Llamará Casilda hermosa este mi amor lisonjero; que, aunque desculpado quedo con que el cabildo me ruega, pienso que enojarla puedo, pues en tiempo de la siega me voy de Ocaña a Toledo.

(Entrense)

(Sala en Casa del Comendador)

Escena III

(Salen el Comendador y Leonardo)

- Comendador : Cuéntame el suceso todo.
- Leonardo : Si de algún provecho es haber conquistado a Inés, pasa, señor, deste modo. Vino a Ocaña de Toledo Inés con tu labradora, como de su sol aurora, más blanda y menos extraña. Pesé sus calles las veces que pude, aunque con recato, porque en gente de aquel trato hya maliciosos jueces. Al baile salió una fiesta, ocasión de hablarla hallé; habléla de amor, y fué la verguenza la respuesta. Pero saliendo otro día a las eras, puede hablalla, y en el camino contalla la fingida pena mía. Ya entonces más libremente mis palabras escuchó, y pagarme prometió mi afición honestamente porque yo le di a entender que ser mi esposa podría, aunque ella mucho temía lo que era razón temer. Pero asegúrela yo que tú, si era su contento, harías el casamiento, y de otra manera no. Con esto está de manera, que si a Casilda ha de haber puerta, por aquí ha de ser; que es prima y es bachillera.
- Comendador : ¡ay, Leonardo! ¡Si mi suerte al imposible inhumano de aqueste desdén villano, roca del mar siempre fuerte, hallase fácil camino!

- Leonardo : ¿Tan ingrata te responde?
- Comendador : Seguila, ya sabes dónde, sombra de su sol divino; y en viendo que me quitaba el rebozo, era de suerte, que, como de ver la muerte, de mi rostro se espantaba. Ya le salían colores al rostro, ya se teñía de blanca nieve, y hacía su furia y desdén mayores. Con efetos desiguales, yo con los humildes ojos mostraba que sus enojos me deban golpes mortales. En todo me parecía que aumentaba su hermosura, y atrevióse mi locura, Leonardo, a llamar un día un pintor, que retrató en un naipe su desdén.
- Leornado : Y ¿parecióse?
- Comendador : Tan bien, que después me le pasó a un lienzo grande, que quiero tener donde siempre esté a mis ojos, y me dé más favor que el verdadero. Pienso que estará acabado: tú irás por él a Toledo: pues con el vivo no puedo, viviré con el pintado.
- Leonardo : Iré a servirte, aunque siento que te aflijas por mujer, que la tardas en vencer lo que ella en saber tu intento. Déjame hablar con Inés; que verás lo que sucede.
- Comendador : Si ella lo que dices puede, no tiene el mundo interés...

Escena IV

(Luján entra como segador)

- Luján : ¿Estás solo?
- Comendador : ¡Oh buen Luján! Sólo está Leonardo aquí.
- Luján : ¡Albrichas, señor!
- Comendador : Si a ti deseos no te las dan, que hacienda tengo en Ocaña.
- Luján : En forma de segador, a Peribáñez, señor (tanto la apariencia engaña), perdí jornal en su trigo, y desconocido, estoy en su casa desde hoy.
- Comendador : ¡Quién fuera, Luján, contigo!
- Luján : Mañana al salir la aurora hemos de ir los segadores al campo; mas tus amores tienen gran remedio agora, que Peribáñez es ido a Toledo, y te ha dejado esta noche a mi cuidado; porque, en estando dormido el escuadrón de la siega alrededor del portal, en sintiendo que al umbral tu seña o tu planta llega, abra la puerta, y te adiestre por donde vayas a ver esta invencible mujer.
- Comendador : ¿Cómo quieres que te muestre debido agradecimiento, Luján, de tanto favor?
- Leornado : Es el tesoro mayor del alma el entendimiento.
- Comendador : ¡Por qué camino tan llano has dado a mi mal remedio! Pues no estando de por medio aquel celoso villano, y abriéndome tú la puerta al dormir los segadores, queda en mis locos amores la de mi esperanza abierta. ¡Brava ventura he tenido, no sólo en que se partiese, pero de que no te hubiese por el disfraz conocido!
- ¿Has mirado bien la casa?

Luján : Y ¡cómo si la miré! Hasta el aposento entré del sol que tu pecho abrasa.

Comendador : ¿Qué has entrado a su aposento? Que de tan divino sol ¿fuiste Faetón español? ¡Espantoso atrevimiento! ¿Qué hacía aquel ángel bello?

Luján : Labor en un limpio estrado, no de seda ni brocado, aunque pudiera tenello, mas de azul guadamecí, con unos vivos dorados, que en vez de borlas, cortados por las cuatro esquinas vi. Y como en toda Castilla dicen del agosto ya que el frío en el rostro da, y ha llovido en nuestra villa, o por verse caballeros antes del invierno frío, sus paredes señor mío, sustentan tus reposteros. Tanto, que dije entre mí, viendo tus armas honradas: "rendidas, que no colgada, pues amor lo quiere así."

Comendador : Antes ellas te advirtieron de que en aquella ocasión tomaban las posesión de la conquista que hicieron; porque donde están colgadas, lejos están de rendidas. Pero cuando fueran vidas, las doy por bien empleadas. Vuelve, no te vean aquí que mientras me voy a armar, querrá la noche llegar para dolerse de mí.

Luján : ¿Has de ir Leonardo contigo?

Comendador : Paréceme discreción; porque en cualquiera ocasión es bueno al lado un amigo.

(Vanse)

(Portal de casa de Peribáñez)

Escena V

Entran Casilda e Inés

Casilda : Conmigo te has de quedar esta noche, por tu vida.

Inés : Licencia es razón que pida. Desto no te has de agraviar; que son padres en efeto.

Casilda : Enviaréles un recado, porque no estén con cuidado. Que ya es tarde te prometo.

Inés : Trázalo como te dé más gusto, prima querida.

Casilda : No me habrás hecho en tu vida mayor placer a la fe.

Inés : Esto debes a mi amor. Estás, Casilda, enseñada a dormir acompañada: no hay duda, tendrás temor. Y yo mal podré suplir la falta de tu velado; que es mozo a la fe chapado, y para hacer y decir. Yo, si viese algún ruido, cuéntame por desmayada. Tiemblo una espada envainada; desnuda, pierdo el sentido.

Casilda : No hay en casa qué temer; que duermen en el portal los segadores.

Inés : Tu mal soledad debe de ser, y temes que estos desvelos te quiten el sueño.

Casilda : Aciertas; que los desvelos son puertas para que pasen los celos desde el amor al temor; y en comenzando a temer, no hay más dormir que poner con celos remedio a amor.

Inés : Pues ¿qué ocasión puede darte en Toledo?

Casilda : Tú ¿no ves que celos es aire, Inés, que viene de cualquier parte?

Inés : Que de Medina venía oí yo siempre cantar.

Casilda : Y Toledo ¿no es lugar de adonde venir podría?

Inés : Grandes hermosura tiene.

Casilda : Ahora bien, vente a cenar.

Escena VI

(Llorente, Mendo, segadores)

Llorente : A quien ha de madrugar dormir luego le conviene.

Mendo : Digo que muy justo es. Los ranchos pueden hacerse.

Casilda : Ya vienen a recogerse los segadores, Inés.

Inés : Pues vamos, y a Sancho avisa el cuidado de la huerta.

(Vanse)

Escena VII

(Entran Bartolo, Chaparro, segadores)

Llorente : Muesama acude a la puerta. Andará dándonos prisa, por no estar aquí su dueño.

Bartolo : Al alba he de haber segado todo el repecho del prado.

Chaparro : Si diere licencia el sueño. - Buenas noches os dé Dios, Mendo y Llorente.

Mendo : El sosiego no será mucho, si luego habemos de andar los dos con las hoces a destajo, aquí manada, aquí corte.

Chaparro : Perdiez, Mendo, cuando importe, bien luce el justo trabajo. Sentaos, y antes de dormir, o cantemos o contemos algo de nuevo, y podremos en esto nos divertir.

Bartolo : ¿Tan dormido estáis, Llorente?

Llorente : Pardiez, Bartol, que quisiera que en un año amaneciera cuatro veces solamente.

Escena VIII

(Helipe y Lujan, segadores)

Helipe : ¿Hay para todos lugar?

Mendo : ¡Oh Helipe! Bien venido.

Luján : Y yo, si lugar os pido, ¿podréle por dicha hallar?

Chaparro : No faltará para vos. Aconchaos junto a la puerta.

Bartolo : Cantar algo se concierto.

Chaparro : Y aun contar algo, por Dios.

Luján : Quien supiere un lindo cuento, póngale luego en el corro.

Chaparro : De mi capote me ahorro, y para escuchar me asiento. Va primero de canción, y luego diré una historia que me viene a la memoria.

Mendo : Cantad.

Llorente : Ya comienzo el son.
(Canten con las guitarras)

Trébole, ¡ay Jesús, cómo guele! Trébole, ¡ay Jesús qué olor! Trébole de la casada, que a su esposo quiere bien; de la doncella también, entre paredes guardada, que fácilmente engañada, sigue su primero amor. Trébole, ¡ay Jesús, cómo guele! Trébole, ¡Ay Jesús, qué

- : olor! Trébole de la soltera, que tantos amores muda; trébole de la viuda, que otra vez casarse espera, tocas blancas por defuera y el faldellín de color.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo guele! Trébole, ¡ay Jesús que olor!
- Luján : Parece que se han dormido, no tenéis ya que cantar.
- Llorente : Yo me quiero recostar, aunque no en trébol florido.
- Luján (Ap.) : ¿Qué me detengo? Ya están los segadores durmiendo. Noche, este amor te encomiendo: prisa los silbos me dan. La puerta le quiero abrir. (Abre)

Escena IX

(Entran el Comendador y Leonardo)

- Luján : ¿Eres tú, señor?
- Comendador : Yo soy.
- Luján : Entra presto.
- Comendador : Dentro estoy.
- Luján : Ya comienzan a dormir. Seguro por ellos pasa; que un carro puede pasar sin que puedan despertar.
- Comendador : Luján, yo no sé la casa. Al aposento me guía.
- Luján : Quédese Leonardo aquí.
- Leonardo : Que me place.
- Luján : Ven tra mí.
- Comendador : ¡Oh amor! ¡Oh fortuna mía! ¡Dame próspero suceso!

(Entranse el Comendador y Luján; Leonardo se queda detrás de una puerta)

Escena X

- Llorente : ¡Hola, Mendo!
- Mendo : ¿Qué hay Llorente?
- Llorente : En casa anda gente.
- Mendo : ¿Gente? Que lo temí te confieso. ¿Así se guarda el decoro a Peribáñez?
- Llorente : No sé. Sé que no es gente de a pie.
- Mendo : ¿Cómo?
- Llorente : Trae capa con oro.
- Mendo : ¿Con oro? Mátenme aquí si no es el Comendador.
- Llorente : Demos voces.
- Mendo : ¿No es mejor callar?
- Llorente : Sospecho que sí. Pero ¿de qué sabes que es el Comendador?
- Mendo : No hubiera en Ocaña quien pusiera tan atrevidos los pies, ni aun el pensamiento, aquí.
- Llorente : Esto es casar con mujer hermosa.
- Mendo : ¿No puede ser que ella esté sin culpa?

Llorente: : Sí. Ya vuelven. Hazte dormido.

Escena XI

(El Comendador y Luján, embozados. - Dichos)

Comendador : (En voz baja) ¡Ce! ¡Leonardo!

Leonardo : ¿Qué hay, señor?

Comendador : Perdí la ocasión mejor que pudiera haber tenido.

Leonardo : ¿Cómo?

Comendador : Ha cerrado, y muy bien, el aposento esta fiero.

Leonardo : Llama.

Comendador : ¡Si gente no hubiera!... Mas despertarán también.

Leonardo : No harán, que son segadores; y el vino y cansancio son candados de la razón y sentidos exteriores. Pero escucha: que han abierto la ventana del portal.

Comendador : Todo me sucede mal.

Leonardo : ¿Si es ella?

Comendador : Tenlo por cierto.

Escena XII

(A la ventana con un reboso, Casilda)

Casilda : ¿Es hora de madrugar, amigos?

Comendador : Señora mía, ya se va acercando el día, y es tiempo de ir a segar. Demás, que saliendo vos, sale el sol, y es tarde ya. Lástima a todos nos da de veros sola, por Dios. No os quiere bien vuestro esposo, pues a Toledo se fué, y os deja una noche. A fe que si fuera tan dichoso el Comendador de Ocaña (que sé yo que os quiere bien, aunque le mostráis desdén y sois con él tan extraña), que no os dejara, aunque el Rey por sus cartas le llamara; que dejar sola esa cara nunca fué de amantes ley.

Casilda : Labrador de lejas tierras, que has venido a nuesa villa, convidado del agosto, ¿quién te dió tanta malicia? Ponte tu tosca antipara del hombro el gabán derriba, la hoz menuda en el cuello, los dediles en la cinta. Madruga al salir del alba, mira que te llama el día, ata las manadas secas sin maltratar las espigas. Cuando salgan las estrellas a tu descanso camina, y no te metas en cosas de que algún mal se te siga. El Comendador de Ocaña servirá dama de estima, no con sayelo de grana ni con saya de palmilla. Copete traerá rizado, gorguera de holanda fina, no cofia de pinos tosca y toca de de argentería. En coche o silla de seda los disantos irá a misa; no vendrá en carro de estacas de los campos a la viñas. Dirále en cartas discretas requiebros a maravilla, no labradores desdenes, envueltos en señorías, Olarále a guantes de ambar a perfumes y pastillas; no a tomillo ni cantueso, poleo y zarzas floridas. Y cuando el Comendador me amase como a su vida y se diesen virtud y honra por amorosas mentiras, más quiero yo a Peribáñez con su capa de pardilla que al Comendador de Ocaña con la suya guarnecida. Más precio verle venir en su yegua la tordilla, la barba llena de escarcha y de nieve la camisa, La ballesta atravesada, y del arzón de la silla dos perdices o conejos, y el podenco de trailla, que ver al Comendador con gorra de seda rica, y cubiertos de diamantes los brahones y capilla que más devoción me causa la cruz de piedra en la ermita que la roja de Santiago en su bordada ropilla. Vete, pues, el segador, mala fuese la tu dicha; que si Peribáñez viene, no

:verás la luz del día.

Comendador : Quedo, señora... ¡Señora...! Casilda, amores, Casilda yo soy el Comendador; abridme, por vuestra vida. Mirad que tengo que daros dos sartas de perlas finas y una cadena esmaltada de más peso que la mía.

Casilda : Segadores de mi casa, no durmáis que con su risa os está llamando el alba. Ea, relinchos y grita; que al que a la tarde viniere con más manadas cogidas, le mando el sombrero grande con que va Pedro a las viñas.

(Quítase de la ventana)

Mendo : Llorente, muesa ama llama. (APARTE A SU AMO) Huye, señor, huye que te ha de ver esta gente (APRISA:)

Comendador : (APARTE) ¡Ah cruel sierpe de Libia! Pues aunque gaste mi hacienda, mi honor, mi sangre y vida, he de rendir tus desdenes, tengo de vencer tus iras.

(Vase el Comendador, Luján y Leonardo)

Bartolo : Yérguete cedo, Chaparro; que viene a gran prisa el día.

Chaparro : Ea, Helipe; que es muy tarde.

Helipe : Pardiez, Bartol, que se miran todos los montes bañados de blanca luz por encima.

Llorente : Seguidme todos, amigos, porque muesa no diga que porq muesa falta, andan las hoces baldías.

(ENTRENSE TODOS RELINCHANDO)

(SALA EN CASA DE UN PINTOR EN TOLEDO)

Escena XIII

(Entran Peribáñez y el Pintor y Antón)

Peribáñez : Entre las tablas que vi de devoción o retratos, adonde menos ingratos los pinceles conocí, una he visto que me agrada, o porque tiene primor, o porque soy labrador y lo es también la pintada. Y pues ya se concertó el aderezo del santo, reciba yo favor tanto, que vuelva a mirarla yo.

Pintor : Vos tenéis mucha razón; que es bella la labradora.

Peribáñez : Quitalda del clavo ahora; que quiero enseñarla a Antón.

Antón : Ya la vi; mas si queréis, también holgaré de vella.

Peribáñez : Id, por mi vida, por ella.

Pintor : Yo voy. Un ángel veréis. (VASE EL Pintor)

Escena XIV

Antón : Bien sé yo por qué miráis la villana con cuidado.

Peribáñez : Sólo el traje me le ha dado; que en el gusto, os engañáis.

Antón : Pienso que os ha parecido que parece a vuestra esposa.

Peribáñez : ¿Es Casilda tan hermosa?

Antón : Pedro, vos sois su marido: a vos os está más bien alaballa, que no a mí.

Escena XV

El Pintor, con un retrato de Casilda grande

- Pintor : La labradora está aquí.
- Peribáñez : (Aparte) Y mi deshonra también.
- Pintor : ¿Qué os parece?
- Peribáñez : Que es notable. ¿No os agrada, Antón?
- Antón : Es cosa a vuestros ojos hermosa, y a los del mundo admirable.
- Peribáñez : Id, Antón, a la posada, y ensillad mientras que voy.
- Antón : (Aparte) Puesto que ignorante soy, Casilda es la retratada, y el pobre de Pedro está abrasándose de celos.
- (Váyase Antón)
- Peribáñez : No han hecho los cielos cosa, señor, como ésta. ¡Bellos ojos! ¡Linda boca! ¿De dónde es esta mujer?
- Pintor : No acertarla a conocer a imaginar me provoca que no está bien retratada, porque donde vos nació.
- Peribáñez : ¿En Ocaña?
- Pintor : Sí.
- Peribáñez : Pues yo conozco una desposada a quien algo se parece.
- Pintor : Yo no sé quién es; mas sé que a hurtó la retraté, no como agora se ofrece, mas en un naípe. De allí a este lienzo la he pasado.
- Peribáñez : Ya sé quién la ha retratado. Si acierto, ¿diréislo?
- Pintor : Sí.
- Peribáñez : El Comendador de Ocaña.
- Pintor : Por saber que ella no sabe el amor de hombre tan grave, que es de lo mejor de España, me atrevo a decir que es él.
- Peribáñez : Luego ¿ella no es sabidora?
- Pintor : Como vos antes de agora; antes, por ser tan fiel, tanto trabajo costó el poderla retratar.
- Peribáñez : ¿Queréismela a mí fiar, y llevarésela yo?
- Pintor : No me han pagado el dinero.
- Peribáñez : Yo os daré todo el valor.
- Pintor : Temo que el Comendador se enojé, y mañana espero un lacayo suyo aquí.
- Peribáñez : Pues ¿sábelo ese lacayo?
- Pintor : Anda veloz como un rayo por rendirla.
- Peribáñez : Ayer le ví y le quise conocer.
- Pintor : ¿Mandáis otra cosa?
- Peribáñez : En tanto que nos reparáis el santo, tengo que venir a ver mil veces este retrato.
- Pintor : Como fuéredes servido. Adiós. (Váyase el Pintor)

Escena XVI

Peribáñez : ¿Qué he visto y oído, cielo airado, tiempo ingrato? Mas si deste falso trato no es cómplice mi mujer, ¿cómo doy a conocer mi pensamiento ofendido? Porque celos de marido no se han de dar a entender. Basta que el Comendador a mi mujer solicita; basta que el honor me quita, debiéndome dar honor. Soy vasallo, es mi señor, vivo en su amparo y defensa; si en quitarme el honor piensa, quitaréle yo la vida; que la ofensa acometida ya tiene fuerza de ofensa. Erré en casarme, pensando que era una hermosa mujer toda la vida un placer que estaba el alma pasando; pues no imaginé que cuando la riqueza poderosa me la mirará envidiosa, la codiciara también. ¡Mal haya el humilde, amén, que busca mujer hermosa! Don Fadrique me retrata a mi mujer: luego ya haciendo dibujo está contra el honor, que me mata. Si pintada me maltrata la honra, es cosa forzosa que venga a estar peligrosa la verdadera también: ¡Mal haya el humilde, amén, que busca mujer hermosa! Mal lo miró mi humildad en buscar tanta hermosura; mas la virtud asegura la mayor dificultad. Retirarme a mi heredad es dar puerta vergonzosa a quien cuanto escucha glosa, y trueca en mal todo el bien... ¡Mal haya el humilde, amén, que busca mujer hermosa! Pues también salir de Ocaña es el mismo inconveniente, y mi hacienda no consiente que viva por tierra extraña. Quanto me ayuda me daña; pero hablaré con mi esposa, aunque es ocasión odiosa pedirle celos también. ¡Mal haya el humilde, amén, que busca mujer hermosa!

(Vase)

(SALA EN CASA DEL COMENDADOR)

Escena XVII

(Entran Leonardo y el Comendador)

Comendador : Por esta carta, como digo, anda su majesta, Leonardo, que le envíe de Ocaña y de su tierra alguna gente.

Leonardo : Y ¿qué piensas hacer?

Comendador : Que se echen bandos y que se listen de valientes mozos hasta docientos hombres, repartidos en dos lucidas compañías, cientos de gente labradora, y ciento hidalgos.

Leonardo : Y ¿no será mejor hidalgos todos?

Comendador : No caminas al paso de mi intento, y así, vas lejos de mi pensamiento. Destos cien labradores hacer quiero cabeza y capitán a Peribáñez, y con esta invención enelle ausente.

Leonardo : ¡Extrañas cosas piensan los amantes!

Comendador : Amor es guerra, y quanto piensa ardides. ¿Si habrá venido ya?

Leonardo : Luján me dijo que a comer le esperaban, y que estaba Casilda llena de congoja y miedo. Supe después de Inés que no diría cosa de lo pasado aquella noche, y que de acuerdo de las dos, pensaba disimular, por no causarle pena a que viéndola triste y afligida, no se atreviese a declarar su pecho lo que después para servirte haría.

Comendador : ¡Rigurosa mujer! ¡Maldiga el cielo el punto en que caí, pues no he podido desde entonces, Leonardo, levantarme de los umbrales de su puerta!

- Leonardo : Calla; que más fuerte era Troya, y la conquista derribó sus murallas por el suelo. Son estas labradoras encogidas, y por hallarse indigna, las más veces niegan, señor, lo mismo que desea. Ausenta a su marido honradamente; que tú verás el fin de tu deseo.
- Comendador : Quiéralo mi ventura; que te juro que, habiendo sido en tantas ocasiones tan animoso, como sabe el mundo, en ésta voy con un temor notable.
- Leonardo : Bueno será saber si Pedro viene.
- Comendador : Parte, Leonardo, y de tu Inés te informa, sin que pases la calle ni levantes los ojos a ventana o puerta suya.
- Leonardo : Exceso es ya tan gran desconfianza, porque ninguno amó sin esperanza
- (Vase Leonardo)

Escena XVIII

- Comendador : Cuentan de un rey que a un árbol adoraba, y que un mancebo a un (mármol) asistía, a quien, sin dividirse noche y día, sus amores y quejas le contaba, pero el que un tronco y una piedra amamas esperanza de su bien tenía, pues en fin acercársele podría, y a hurto de la gente le abrazaba. ¡Miserio yo, que adoro en otro muro colgada, aquella ingrata y verde hiedra, cuya dureza enternecer procuro! Tal es el fin que mi esperanza medra mas, pues que de morir estoy seguro, ¡Plega al amor que te convierta en piedra!

(Vase)

(CAMPO)

Escena XIX

(ENTRAN Peribáñez y Antón)

- Peribáñez : Vos os podéis ir, Antón, a vuestra casa; que es justo.
- Antón : Y vos ¿no fuera razón?
- Peribáñez : Ver mis sagadores gusto, pues llego a buena ocasión; que la haza cae aquí.
- Antón : Y ¿no fuera mejor haza vuestra Casilda?
- Peribáñez : Es así; pero quiero darles traza de lo que han de hacer por mí. Id a ver vuesa mujer, y a la mía así de paso decid que me quedo a ver nuestra hacienda.
- Antón : (Aparte) ¡Extraño caso! no quiero darle a entender que entiendo su pensamiento.) Quedad con Dios.
- Peribáñez : El os guarde.
- (Vase Antón)

Excena XX

- Peribáñez : Tanta es la afrenta que siento, que sólo por entrar tarde, hice aqueste fingimiento. ¡Triste yo! Si no es culpada Casilda, ¿por qué rehuyo el verla? ¡Ay mi prenda amada! Pero a tu gracia atribuyo mi fortuna desgraciada. Si tan hermosa no fueras, claro está que no le dieras al señor Comendador causa de tan loco amor. Estos son mi trigo y eras. ¡Con qué diversa alegría, oh campos, pensé miraros cuando contento vivía! Porque viendo a sembraros, otra esperanza tenía. Con alegre corazón pensé de vuestras espigas henchir mis trojes, que son agora eternas fatigas de mi perdida opinión. Mas quiero disimular; que ya sus relichos siento. Oirlos quiero cantar, porque en ajeno instrumento comienza el alma a llorar.

(Dentro grita, como que siegan.)

Escena XXI

- Mendo : (Dentro) Date más priesa, Bartolo; mira que la noche baja, y se va a poner el sol.
- Bartolo : (Dentro) Bien cena quien bien trabaja, dice el refrán español.
- Un segador : (Dentro) Echote una pulla, Andrés; que te bebas madia azumbre.
- Otro segador : (Dentro) Echama otras dos, Ginés.
- Peribáñez : Todo me da pesadumbre, todo mi desdicha es.
- Mendo : (Dentro) Canta, Llorente, el cantar de la mujer de muesamo.
- Peribáñez : ¿Qué tengo más que esperar? La vida, cielos, desamo. ¿Quién me la quiere quitar?
- Llorente : (Canta dentro) La mujer de Peribáñez hermosa es a maravilla; el Comendador de Ocaña de amores la requería. La mujer es virtuosa cuanto hermosa y cuanto linda; mientras Pedro está en Toledo desta suerte respondía: "Más quiero yo a Peribáñez con su capa la pardilla, que no a vos, Comendador, con la vuesa guarnecida."
- Peribáñez : Notable aliento he cobrado con oír esta canción, porque lo que éste ha cantado las mismas verdades son que en mi ausencia habrán pasado. ¡Oh cuánto le debe al cielo quien tiene buena mujer! Que el jornal dejan recelo. Aquí me quiero esconder. ¡Ojalá se abriera el suelo! Que aunque en gran satisfacción, Casilda, de ti me pones pena tengo con razón, porque honor que anda en caciones tiene dudosa opinión.

(Enrese)

(Sala en casa de Peribáñez)

Escena XXII

(Inés y Casilda)

- Casilda : ¿Tú me habías de decir desatino semejante?
- Inés : Deja que pase adelante.
- Casilda : Ya ¿cómo te puedo oír?
- Inés : Prima, no me has entendido, y este preciarte de amar a Pedro te hace pensar que ya está Pedro ofendido. Lo que yo te digo a ti es cosa que a mí me toca.
- Casilda : ¿A ti?
- Inés : Sí.
- Casilda : Yo esta loca. Pues a ti te toca, di.
- Inés : Leonardo, aquel caballero del Comendador, me ama y por su mujer me quiere.
- Casilda : Mira, prima, que te engaña.
- Inés : Yo sé, Casilda, que soy su misma vida.
- Casilda : Repara que son sirenas los hombres, que para matarnos cantan.
- Inés : Yo tengo cédula suya.
- Casilda : Inés, plumas y palabras todas se la lleva el viento. Muchas damas tiene Ocaña con ricos dotes, y tú ni eres muy rica ni hidalga.

- Inés : Prima, si con el desdén que ahora comienzas, tratas al señor Comendador, falsas son mis esperanzas, todo mi remedio impides.
- Casilda : ¿Ves, Inés, cómo te engañas, pues porque me digas eso quieres fingir que te ama?
- Inés : Hablar bien no quita honor; que yo no digo que salgas a recibirle a la puerta ni a verle por la ventana.
- Casilda : Si te importara la vida, no le mirara la cara. Y advierte que no le nombres o no entres más en mi casa; que del ver viene el oír, y de las locas palabras vienen las infames obras.

Escena XXIII

(Peribáñez, con unas alforjas en las manos)

- Peribáñez : ¡Esposa!
- Casilda : ¡Luz de mi alma!
- Peribáñez : ¿Estás buena?
- Casilda : Estoy sin ti. ¿Vienes bueno?
- Peribáñez : El verte basta para que salud me sobre. ¡Prima!
- Inés : ¡Primo!
- Peribáñez : ¿Qué me falta, si juntas os veo?
- Casilda : Estoy a nuestra Inés obligada; que me ha hecho compañía lo que has faltado de Ocaña.
- Peribáñez : A su casamiento rompas dos chinelas argentadas, y yo los zapatos nuevos, que siempre en bodas se calzan.
- Casilda : ¿Qué me traes de Toledo?
- Peribáñez : Deseos; que por ser carga tan pesada, no he podido traerte joyas ni galas. Con todo, te traigo aquí para esos pies, que bien hayan, unas chinelas abiertas que abrocan cintas de nácar. Traigo más seis tocas rizas, y para prender las sayas dos cintas de vara y media con sus herretes de plata.
- Casilda : Mil años te guarde el cielo.
- Peribáñez : Sucedióme una desgracia; que a la fe que fué milagro llegar con vida a mi casa.
- Casilda : ¡Ay, Jesús! Toda me turbas.
- Peribáñez : Caí de unas cuestras altas sobre unas piedras
- Casilda : ¿Qué dices?
- Peribáñez : Que si no me encomendara al santo en cuyo servicio caí de la yegua baya, a estas horas estoy muerto.
- Casilda : Toda me tienes helada.
- Peribáñez : Prometile la mejor prenda que hubiese en mi casa para honor de su capilla; y así, quiero que mañana quiten estos reposteros, que nos harán poca falta, y cuelguen en las paredes de aquella su ermita santa en justo agradecimiento.
- Casilda : Si fueran paños de Francia, de oro, seda, perlas, piedras, no replicara palabra.

Peribáñez : Pienso que nos está bien que no estén en nuestra casa paños con armas ajenas: no murmuren en Ocaña que un villano labrador cerca su inocente cama de paños comendadores, llenos de blasones y armas. Timbre y plumas no están bien entre el arado y la pala, bieldo, trillo y azadón; que en nuestras paredes blancas no han de estar cruces de seda, sino de espigas y pajas, con algunas amapolas, manzanillas y retamas. Yo ¿qué moros he vencido para castillos y bandas? Fuera de que sólo quiero que haya imágenes pintadas: la Anunciación, la Asunción, San Francisco con sus llagas, San Pedro Mártir, San Blas contra el mal de la garganta, San Sebastián y San Poque, y otras pinturas sagradas que retratos es tener en las paredes fantasmas. Uno vi yo, que quisiera... Pero no quisiera nada. Vamos a cenar, Casilda, y apercíbanme la cama.

Casilda : ¿No estás bueno?

Peribáñez : Bueno estoy.

Escena XXIV

(Entra Luján)

Luján : Aquí un criado te aguarda del Comendador.

Peribáñez : ¿De quién?

Luján Del Comendador de Ocaña.

Peribáñez : Pues ¿qué me quiere a estas horas?

Luján : Eso sabrás si le hablas.

Peribáñez : ¿Eres tú aquel segador que anteayer entró en mi casa?

Luján : ¿Tan presto me desconoces?

Peribáñez : Donde tantos hombres andan, no te espantes.

Luján : (Aparte) (Malo es esto.)

Inés (Ap.) : Con muchos sentidos habla.

Peribáñez : ¿El Comendador a mí?

(Aparte) ¡Ay, honra, al ciudadano ingrata! Si eres vidrio, al mejor vidrio cualquiera golpe le basta.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

PLAZA DE OCAÑA

Escena I

(El Comendador y Leonardo)

Comendador : Cuéntame, Leonardo, breve lo que ha pasado en Toledo.

Leonardo : Lo que referirte puedo, puesto que a ceñirlo pruebe en las más breves razones, quiere más paciencia.

Comendador : Advierte que soy un sano a la muerte, y que remedios me pones.

Leonardo : El Rey Enrique el Tercero, que hoy el Justiciero llaman, porque Catón y Arístides en la equidad no le igualan, el año de cuatrocientos y seis sobre mil estaba en la villa de Madrid, donde le vinieron cartas, que quebrándole las treguas el rey moro de Granada, no queriéndole volver por promesas y amenazas el castillo de Ayamonte,

- : ni menos pagarle parias, determinó hacerle guerra; y para que la jornada fuese como convenía a un rey el mayor de España, y le ayudasen sus doudos de Aragón y de Navarra, juntó Cortes en Toledo, donde al presente se hallan prelados y caballeros, villas y ciudades varias... - Digo sus procuradores, donde en su real alcázar la disposición de todo con justos acuerdos tratan: el obispo de Sigüenza, que la insignia iglesia santa rige de Toledo ahora, porque está su silla vaca por la muerte de don Pedro Tenorio, varón de fama; el obispo de Palencia, don Sancho de Rojas, clara imagen de sus pasados, y que el de Toledo aguarda; don Pablo el de Cartagena, a quien ya a Burgos señalan: el gallardo don Fadrique, hoy conde de Trastámara, aunque ya duque de Arjona toda la corte le llama, y don Enrique Manuel, primos del Rey, que bastaban, no de Granada, de Troya, ser incendio sus espadas; Ruy López de Avalos, grande por la dicha y por las armas, Condestable de Castilla, alta gloria de su casa, el Camarero mayor del Rey, por sangre heredada y virtud propia, aunque tiene también de quién heredarla, por Juan de Velasco digo, digno de toda alabanza; don Diego López de Estúñiga, que Justicia mayor llaman; y el mayor Adelantado de Castilla de quien basta decir que es Gómez Manrique, de cuyas historias largas tienen Granada y Castilla cosas tan raras y estrañas, los oidores de Audiencia de Rey, y que el reino amparan; Pero Sánchez del Castillo, Rodríguez de Salamanca, y Periañez...
- Comendador : Detente. ¿Qué Periañez? Aguarda; que la sangre se me hiela con ese nombre.
- Leonardo : ¡Oh qué gracia! Háblote de los oidores del Rey, y ¡del que se llama Peribáñez, imaginas que es el labrador de Ocaña!
- Comendador : Si hasta ahora te pedía la relación y la causa de la jornada del Rey, ya no me atrevo a escucharla. Eso ¿todo se resuelve en que el Rey hace jornada con lo mejor de Castilla a la fronteras, que guardan con favor del Granadino, los que le niegan las parias?
- Leonardo : Eso es todo.
- Comendador : Pues advierte sólo (que me es de importancia) que mientras fuiste a Toledo, tuvo ejecución la traza. Con Peribáñez hablé y le dije que gustaba de nombralle capitán de cien hombres de labranza, y que se pusiese a punto. Parecióle que le honraba, como es verdad, a no ser honra aforrada en infamia. Quiso ganarla en efeto; gastó su hacendilla en galas, y sacó su compañía ayer, Leonardo, a la plaza; y hoy, según Luján me ha dicho, con ella a Toledo marcha.
- Leonardo : ¡Buena te deja a Casilda, tan villana y tan ingrata como siempre!
- Comendador : Sí; mas mira que amor en ausencia larga hará el efeto que suele en piedra el curso de agua. (TOCAN CAJAS.) Pero ¿qué cajas son estas?
- Leonardo : No dudes que son sus cajas.
- Comendador : Tu alférez trae los hidalgos. Tomas, Leonardo, tus armas, porque mejor le engañemos, para que a la vista salgas también con tu compañía.
- Leonardo : Ya llegan. Aquí me aguarda.
- (Váyase Leonardo)

Escena II

Entran una compañía de labradores, armados graciosamente, y detrás Peribáñez, con espada y daga

- Peribáñez : No me quise despedir sin ver a su señoría.
- Comendador : Estimo la cortesía.
- Peribáñez : Yo os voy, señor, a servir.
- Comendador : Decid al Rey mi señor.
- Peribáñez : Al Rey y a vos...
- Comendador : Está bien.
- Peribáñez : Que al Rey es justo, y también a vos, por quien tengo honor; que yo, ¿cuándo mereciera ver mi azadón y gabán con nombre de capitán, con jineta y con bandera del Rey, a cuyos oídos mi nombre llegar no puede, porque su estatura excede todos mis cinco sentidos? Guárdeos muchos años Dios.
- Comendador : Y os traiga, Pedro, con bien.
- Peribáñez : ¿Vengo bien vestido?
- Comendador : Bien. No hay diferencia en los dos.
- Peribáñez : Sola una cosa querría... No sé si a vos os agrada.
- Comendador : Decid, a ver.
- Peribáñez : Que la espada me ciña su señoría, para que así vaya honrado.
- Comendador : Mostrad, haréos caballero; que de esos bríos espero, Pedro, un valiente soldado.
- Peribáñez : ¡Pardiez, señor, hela aquí! Ciñamela su mercé.
- Comendador : Esperad, os la pondré, porque la lléveis por mí.
- Belardo : Híncate, Blas de rodillas; que le quieren her hidalgo.
- Blas : Pues ¿quedará faltar en algo?
- Belardo : En mucho, si no te humillas.
- Blas : Belardo, vos, que sois viejo, ¿hanle de dar con la espada?
- Belardo : Yo de mi burra manchada, de su albarda y aparejo entiendo más que de armar caballeros de Castillas.
- Comendador : Ya os he puesto la cuchilla.
- Peribáñez : ¿Qué falta agora?
- Comendador : Jurar que a Dios, supremo Señor, y al Rey serviréis con ella.
- Peribáñez : Eso juro, y de traella en defensa de mi honor, del cual, pues voy a la guerra, adonde vos me mandáis, ya por defenda quedáis, como señor desta tierra. Mi casa y mujer, que deixo por vos, recién desposado, remito a vuestro cuidado cuando de los dos me alejo. Esto os fío, porque es más que la vida, con quien voy; que aunque tan seguro estoy que no la ofendan jamás, gusto que vos la guardéis, y corra por vos, a efeto de que, como tan discreto, lo que es el honor sabéis; que con él no se permite que hacienda

: y vida se iguale, y quien sabe lo que vale, no es posible que le quite. Vos me ceñistes espada, con que ya entiendo de honor; que antes yo pienso, señor, que entendiera poco o nada. Y pues iguales los dos con este honor nos dejáis, mirad cómo le guardáis, o quejaréme de vo.

Comendador : Yo os doy licencia, si hiciere en guardalle deslealtad, que de mí os quejéis.

Peribáñez : Marchad, y venga lo que viniere.

(Entrese, marchando detrás con graciosa arrogancia)

Escena III

Comendador : Algo confuso me deja el estilo con que habla, porque parece que entabla o la venganza o la queja. Pero es que, como he tenido el pensamiento culpado, con mi malicia he juzgado lo que su inocencia ha sido. Y cuando pudiera ser malicia lo que entendí, ¿dónde ha de haber contra mí es un villano poder? Esta noche has de ser mía, villana, rebelde, ingrata, porque muera quien me mata antes que amanezca.

(Entrase)

(Calle de Ocaña con vista exterior de la casa de Peribáñez)

Escena IV

(En lo alto Costanza y Casilda y Inés)

Costanza : En fin ¿se ausenta tu esposo?

Casilda : Pedro a la guerra se va; que en la que me deja acá, pudiera ser más famoso.

Inés : Casilda, no te enternescas; que el nombre de capitán no como quieren le dan.

Casilda : ¡Nunda estos nombres merezcas!

Costanza : A fe que tienes razón, Inés; que entre tus iguales nunca he viste cargos tales, porque muy de hidalgos son. Demás que tengo entendido que a Toledo solamente ha de llegar con la gente.

Casilda : Pues si eso no hubiera sido, ¿quedárame vida a mí?

Escena V

(La caja y Peribáñez, bandera, soldados)

Inés : La caja suena: ¿si es él?

Costanza : De los que se van con él ten lástima, y no de ti.

Belardo : Véislas allí en el balcón, que me remozo de vellas; mas ya no soy para ellas, y ellas para mí no son.

Peribáñez : ¿Tan viejo estáis ya, Belardo?

Belardo : El gusto se acabó ya.

Peribáñez : Algo dél os quedará bajo del capote pardo.

Belardo : ¡Pardiez, señor capitán, tiempo hué que el sol y el aire solía hacerme donaire, ya pastor, ya sacristán! Cayó un año mucha nieve, y como rucio vi a la Iglesia me acogí.

Peribáñez : ¿Tendréis tres dieces y un nueve?

- Belardo : Esos y otros tres decía una aya que me criaba; mas pienso que se olvidaba. ¡Poca memoria tenía! Cuando la Cava nació, me salió la primer muela.
- Peribáñez : ¿Ya íbades a la escuela?
- Belardo : Pudiera juraros yo de lo que entonces sabía; pero mil dan a entender que apenas supe leer, y es lo más cierto, a fe mía; que como en gracia se lleva danzar, cantar o tañer, yo sé escribir sin leer, que a fe que es gracia bien nueva.
- Casilda : ¡Ah, gallardo capitán de mis tristes pensamientos!
- Peribáñez : ¡Ah, dama la del balcón, por quien la bandera tengo!
- Casilda : ¿Vaisos de Ocaña, señor?
- Peribáñez : Señora, voy a Toledo a llevar estos soldados, que dicen que son mis celos.
- Casilda : Si soldados los lleváis, ya no ternéis pena dellos; que nunca el honor quebró en saldándose los celos.
- Peribáñez : No los llevo tan soldados; que no tenga mucho miedo, no de vos, mas de la causa por quien sabéis que los llevo. Que si celos fueran tales que yo los llamara vuestros, ni ellos fueran donde van, ni yo, señora, con ellos. La seguridad, que es paz de la guerra en que me veo, me lleva a Toledo, y fuera del mundo al último extremo. A despedirme de vos vengo, y a decir que os dejo a vos de vos misma en guarda, porque en vos y con vos quedo; y que me déis el favor que a los capitanes nuevos suelen las damas, que esperan de su guerra los trofeos. ¿No parece que ya os hablo, a lo grave y caballero? ¡Quién dijera que un villano que ayer al rastrojo seco dientes menudos ponía de la hoz corva de acero, los pies en las tintas uvas, rebosando el mosto negro por encima del lagar, o la tosca mano al hierro del arado, hoy os hablara en lenguaje soldadesco, con plumas de presunción y espada de atrevimiento! Pues sabed que soy hidalgo, y que decir y hacer puedo; que el Comendador, Casilda, me la ciñó, cuando menos. Pero este menos, si el cuando viene a ser cuando sospecho, por ventura será más; pero yo no menos bueno.
- Casilda : Muchas cosas me decís en lengua que yo no entiendo; el favor sí; que yo sé que es bien debido a los vuestros. Mas ¿que podrá una villana dar a un capitán?
- Peribáñez : No quiero que os tratéis así
- Casilda : Tomad, mi Pedro, este listón negro.
- Peribáñez : ¿Negro me lo dáis, esposa?
- Casilda : Pues ¿hay en la guerra agueros?
- Peribáñez : Es favor desesperado. Promete luto o destierro.
- Blas : Y vos, señora Costanza, ¿no dáis por tantos requiebros alguna prenda a un soldado?
- Costanza : Blas, esa cinta de perro, aunque tú vas donde hay tantos, que las podrás hacer dellos.

- Blas : ¡Plaga a Dios que los moriscos las hagan de mi pellejo, si no dejare matados cuantos me fueren huyendo!
- Inés : ¿No pides favor, Belardo?
- Belardo : Inés, por soldado viejo, ya que no nuevo amante, de tus manos le merezco.
- Inés : Tomad aqueste chaín.
- Belardo : No, señora, deteneldo; que favor de chapinazo desde tan alto, no es bueno.
- Inés : Traedme un moro, Belardo.
- Belardo : Días ha que ando tras ellos. Mas, si no viene en prosa, desde aquí le ofrezco en verso.

Escena VI

(Leonardo, capitán, caja y bandera y compañía de soldados)

- Leonardo : Vayan marchando, soldados, con el orden que decía.
- Inés : ¡Qué es esto?
- Costanza : La compañía de los hidalgos, cansados.
nuestros fuertes labradores.
- Inés : Más lucidos han salido nuestros fuertes labradores.
- Costanza : Si son las galas mejores, los ánimos no lo han sido.
- Peribáñez : ¡Hola! Todo hombre está en vela y muestre gallardos bríos.
- Belardo : ¡Que piensen estos judíos que nos mean la pajela! Déles un gentil barzón muesa gente por delante.
- Peribáñez : ¡Hola! Nadie se adelante; siga a ballesta lanzón.

(Vaya una compañía alderedor de la otra, mirándose)

- Blas : Agora es tiempo, Belardo, de mostrar bío.
- Belardo : Callad; que a la más caduca edad suple un ánimo gallardo.
- Leonardo : Basta, que los labradores compiten con los hidalgos.
- Belardo : Estos huirán como galgos.
- Blas : No habrá ciervos corredores como éstos, en viendo un moro, y aun hasta oírlo decir.
- Belardo : Ya los vi a todos huir cuando corrimos el toro.

(Entrense los labradores)

Escena VII

- Leonardo : Ya se han traspuesto. ¡Ce! ¡Inés!
- Inés : ¿Eres tú, mi capitán?
- Leonardo : ¿Por qué tus primas se van?
- Inés : ¿No sabes ya por lo que es? Casilda es como una roca. Esta noche hay mal humor.
- Leonardo : ¿No podrá el Comendador verla un rato?

- Inés : Punto en boca; que yo le daré lugar cuando imagine que llega Pedro a alojarse.
- Leonardo : Pues ciega, si me quieres obligar, los ojos desta mujer, que tanto mira su honor; porque está el Comendador para morir desde ayer.
- Inés : Dile que venga a la calle.
- Leonardo : ¡Qué señas?
- Inés : Quien cante bien.
- Leonardo : Pues adiós.
- Inés : ¿Vendrás también?
- Leonardo : Al alférez pienso dalle estos bravos españoles, y yo volverme al lugar.
- Inés : Adiós. (Entrase)
- Leonardo : Tocad a marchar; que ya se ha puesto dos soles.
- (Vanse)

Escena VIII

(El Comendador, en casa, con ropa, y Luján, lacayo)

- Comendador : En fin ¿le viste partir?
- Luján : y en una yegua marchar, notable para alcanzar y famosa para huir. Si vieras cómo regía Peribáñez sus soldados, te quitara mil cuidados.
- Comendador : Es muy gentil compañía; pero a la de su mujer tengo más envidia yo.
- Luján : Quien no siguió no alcanzó.
- Comendador : Luján, mañana a comer en la ciudad estarán.
- Luján : Como esta noche alojaren.
- Comendador : Yo te digo que no paren soldados ni capitán.
- Luján : Como es gente de labor, y es pequeña la jornada, y va la danza engañada con el son del atambor, no dudo que sin parar vayan a Granada así.
- Comendador : ¡Cómo pasará por mí el tiempo que ha de tardar desde aquí a las diez!
- Luján : Ya son casi las nueve. No seas tan triste, que cuando veas el cabello a la ocasión, pierdas el gusto esperando; que la esperanza entretiene.
- Comendador : Es, cuando el bien se detiene, esperar desesperando.
- Luján : Y Leonardo ¿ha de venir?
- Comendador : ¿No ves que el concierto es que se case con Inés, que es quien la puerta ha de abrir?
- Luján : ¿Qué señas ha de llevar?
- Comendador : Unos músicos que canten.
- Luján : ¿Cosa que la caza espanten?
- :

- Comendador : Antes nos darán lugar para que con el ruido nadie sienta lo que pasa de abrir ni cerrar la casa.
- Luján : Todo está bien prevenido; mas dicen que en un lugar una parentela toda se juntó para una boda, ya a comer y ya a bailar. Vino el cura y depositado, la madrina y el padrino, y el tamboril también vino con un salterio extremado. Mas dicen que no tenían de la desposada el sí, porque decía que allí sin su gusto la traían. Junta, pues, la gente toda, el cura le preguntó, dijo tres veces que no, y deshízose la boda.
- Comendador : ¿Quieres decir que nos falta entre tantas preven- ciones el sí de Casilda?
- Luján : Pones el hombro a empresa muy alta de parte de su dureza, y era menester el sí.
- Comendador : No va mal trazado así; que su villana aspereza no se ha de rendir por ruegos; por engaños ha de ser.
- Luján : Bien puede bien suceder; mas pienso que vamos ciegos

Escena IX

(Un criado y los músicos)

- Paje : Los músicos han venido.
- Músico I : Aquí, señor, hasta el día tiene vuesa señoría a Lisardo y a Leonido.
- Comendador : ¡Oh amigos!, agradeced que este pensamiento os fío; que es de honor, y en fin, es mío.
- Músico II : Siempre nos haces merced.
- Comendador : ¿Dan las once?
- Luján : Una, dos, tres...
- Músico II : Contaste mal. Ocho eran dadas.
- Comendador : ¡Hay tal? ¡Que aun de mala gana des las que da el reloj de buena!
- Luján : Si esperas que sea más tarde, las tres cuento.
- Comendador : No hay qué aguarde.
- Luján : Sosiégate un poco, y cena.
- Comendador : ¡Mala Pascua te dé Dios! ¿Qué cene dices?
- Luján : Pues bebe siquiera.
- Comendador : ¿Hay nieve?
- Paje : Sí hay nieve.
- Comendador : Repartilda entre los dos.
- Paje : La capa tienes aquí.
- Comendador : Muestra. ¿Qué es esto?
- Paje : Bayeta.

Comendador : Quanto miro me inquieta. Todos se burlan de mí. ¡Bestias! ¿De luto? ¿A qué efeto?

Paje : ¿Quieres capa de color?

Luján : Nunca a los cosas de amor va de color el discreto. Por el color se dan señas de un hombre en un tribu tribunal.

Comendador : Muestra color, animal. ¿Sois criados o sois dueñas?

Paje : Ves aquí color.

Comendador : Yo voy, Amor, donde tú me guías. Da una noche a tantos días como en tu servicio estoy.

Luján : ¿Iré yo contigo?

Comendador : Sí, pues que Leonardo no viene. Templad, para ver si tiene templanza este fuego en mí.

(Entrense)

CALLE

Escena X

(Salga Peribáñez)

Peribáñez : ¡Bien haya el que tiene bestia destas de huir y alcanzar, con que puede caminar sin pesadumbre y molestia! Alojé mi compañía, y con ligereza extraña he dado la vuelta a Ocaña. ¡Oh cuán bien decir podría: Oh caña, la del honor! Pues que no hay tan débil caña como el honor, a quien daña de cualquier viento el rigor. Caña de honor quebradiza, caña hueca y sin sustancia, de hojas de poca importancia, con que su tronco entapiza. ¡Oh caña, toda aparato, caña fantástica y vil, para quebrada sutil, y verde tan breve rato! ¡Caña compuesta de fudos, y honor al fin dello lleno, sólo para sordos bueno y para vecinos mudos! Aquí naciste en Ocaña conmigo al viento ligero; yo te cortaré primero que te quiebres, débil caña. No acabo de agradecerme el haberte sustendo, yegua, que con tal cuidádo supiste a Ocaña traerme. ¡Oh, bien haya la cebada que tantas veces de di! Nunca de ti me serví en ocasión más honrada. Agora el provecho toco, contento y agradecido. Otras veces me has traído; pero fué pesando poco; que la honra mucho alienta: y que te agradezca es bien que hayas corrido tan bien con la carga de mi afrenta. Préciese de buena espada y de buena cota un hombre, del amigo de buen nombre y de opinión siempre honrada, de un ben fieltro de camino y de otras cosas así; que una bestia es para mí un socorro peregrino. ¡Oh yegua! ¡en menos de una hora tres leguas! Al viento igualas; que si le pintan con alas, tú las tendrás desde agora. Esta es la casa de Antón, cuyas paredes confiana con las mías, que ya inclinan su peso a mi perdición. Llamar quiero; que he pensado que será bien menester. ¡Ah de casa!

Escena XI

Dentro, Antón

Antón : (Dentro) ¡Hola, mujer! ¿No os parece que han llamado?

Peribáñez : ¡Ah de casa!

Antón : (Dentro) ¿Quién golpea a tales horas?

- Peribáñez : Yo soy, Antón.
- Antón : (Dentro) Por la voz ya voy, aunque lo que fuere sea. ¿Quién es? (Abre)
- Peribáñez : Quedo, Antón amigo. Peribáñez soy.
- Antón : ¿Quién?
- Peribáñez : Yo, a quien hoy el cielo dió tan grave y curel castigo.
- Antón : Vestido me eché a dormir, porque pensé madrugar; ya me agradezco el no estar desnudo. ¿Puedoos servir?
- Peribáñez : Por vuesa casa, mi Antón, tengo de entrar en la mía, que ciertas cosas de día sombras por la noche son. Ya sospecho que en Toledo algo entendiste demmí.
- Antón : Aunque callé, lo entendí. Pero aseguráros puedo que Casilda...
- Peribáñez : No hay que hablar. Por ángel tengo a Casilda.
- Antón : Pues regaladla y servilda.
- Peribáñez : Hermano, dejadme estar.
- Antón : Entrad; que si puerta os doy, es por lo que della sé.
- Peribáñez : Como yo seguro esté, suyo para siempre soy.
- Antón : ¿Dónde dejáis los soldados?
- Peribáñez : Mi alférez con ellos va; que yo no he traído acá sino sólo mis cuidados. Y no hizo la yegua poco en traernos a los dos, porque hay cuidado, por Dios, que basta a volverme loco.

(Entrense)

(Calle con vista exterior de la casa de Peribáñez)

Escena XII

(SALGA EL COMENDADOR Y LUJAN , con broqueles y músicos)

- Comendador : Aquí podéis començar para que os ayude el viento.
- Músico II : Va de letra
- Comendador : ¡Oh cuánto siento esto que llaman templar!
- Músicos : Cogióme a tu puerta el toro, linda casada; no dijiste: Dios te valga. El novillo de tu boda a tu puerta me cogió; de la vuelta que me dió, se rió la villa toda; y tú, grave y burladora, linda casada no dijiste: Dios te valga.

ESCENA XIII

(Inés, a la puerta)

(Los músicos tocan)

- Inés : ¡Ce, ce! ¡señor don Fadrique!
- Comendador : ¿Es Inés?
- Inés : La misma soy.

- Comendador : En pena a las once estoy. Tu cuenta el perdón me aplique para que salga de pena.
- Inés : ¿Viene Leonardo?
- Comendador : Asegura a Peribáñez. Procura, Inés, mi entrada, y ordena que vea esa piedra hermosa; que ya Leonardo vendrá.
- Inés : ¿Tardará mucho?
- Comendador : No hará; pero fué cosa forzosa asegurar un marido tan malicioso.
- Inés : Yo creo que a estas horas el deseo de que le vean vestido de capitán en Toledo le tendrá cerca de allá. Dueniendo acaso estará.
- Comendador : ¿Puedo entrar? Dime si puedo.
- Inés : Entra; que te detenía por si Leonardo llegaba.
- Luján : Luján ¿ha de entrar?
- Comendador : (A uno de los músicos) Acaba, Lisardo. Adiós hasta el día.
- Músico I : El cielo os dé buen suceso.
(Entranse. Quedan los músicos)
- Músico II : ¿Dónde iremos?
- Músico I : A acostar.
- Músico II : ¡Bella moza!
- Músico I : Eso... callar.
- Músico II : Que tengo envidia confieso. (Vanse)

(SALA EN CASA DE PERIBAÑEZ)

Escena XIV

(Peribáñez solo en su casa)

- Peribáñez : Por las tapias de la huerta de Antón en mi casa entré, y deste portal hallé la de mi corral abierta. En el gallinero quise estar oculto; mas hallo que puede ser que algún gallo mi cuidado les avise. Con la luz de las esquinas le quise ver y advertir, y vile en medio dormir de veinte o treinta gallinas. "Que duermas, dije, me espantas, en tan dudosa fortuna; no puedo yo guardar una, y ¡quieres tú guardar tantas! No duermo yo; que sospecho, y me da mortal congoja un gallo de cresta roja, porque la tiene en el pecho." Salí al fin, y cual ladrón de casa hasta aquí me entré; con las palomas topé, que de amor ejemplo son; y como las vi arrullar, y con requiebros tan ricos a los pechos por los picos las almas comunicar, dije: "Oh, maldígale Dios, aunque grave y altanero al palomino extranjero que os alborota a los dos!" Los gansos han despertado, gruñe el lechón, y los bueyes braman; que de honor las leyes hasta el jumentillo atado al pesebre con la soga desasosiegan por mí; que soy su dueño, y aquí ven que ya el cordel me ahoga. Gana me da de llorar. Lástima tengo de verme en tanto mal... Mas ¿si duermé Casilda? Aquí siento hablar. En esta saca de harina me podré encubrir mejor, que si es el Comendador, lejos de aquí me imagina.

(Escóndese)

Escena XV

(Inés y Casilda)

- Casilda : Gente digo que he sentido.
Inés : Digo que te has engañado.
Casilda : Tú con un hombre has hablado.
Inés : ¿Yo?
Casilda : Tú pues.
Inés : Tú ¿lo has oído?
Casilda : Pues si no hay malicia aquí, mira que serán ladrones.
Inés : ¡Ladrones! Miedo me pones.
Casilda : Da voces.
Inés : Yo no.
Casilda : Yo sí.
Inés : Mira que es alborotar la vecindad sin razón.

Escena XVI

(Entran el Comendador y Luján)

- Comendador : Ya no puede mi afición sufrir, temer ni callar, Yo soy el Comendador, yo soy tu señor.
Casilda : No tengo más señor que a Pedro.
Comendador : Vengo esclavo, aunque soy señor. Duélete de mí, o diré que te hallé con el lacayo que miras.
Casilda : Temiendo el rayo, del trueno no me espanté. Pues, prima, ¡tú me has vendido!
Inés : Anda; que es locura ahora, siendo pobre labradora, y un villano tu marido, dejar morir de dolor a un príncipe; que más va en su vida, ya que está en casa, que no en tu honor. Peribáñez fué a Toledo.
Casilda : ¡Oh prima cruel y fiera, vuelta de prima, tercera!
Comendador : Dejádme, a ver lo que puedo. (Váyanse)
Luján : Dejémoslos; que es mejor. A solas se entenderán.

Escena XVII

- Casilda : Mujer soy de un capitán, si vos sois comendador. Y no os acerquéis a mí porque a bocados y a coces os haré...
Comendador : Paso y sin voces. (Sale Peribáñez)
Peribáñez : (Ap.) ¡Ay honra! ¿qué aguardo aquí? Mas soy pobre labrador: bien será llegar y hablalle... pero mejor es matalle.) (ADELANTÁNDOSE CON LA ESPADA DESENVAINADA) Perdonad, Comendador; que la honra es encomienda de mayor autoridad.
(CIERE AL COMENDADOR)

Comendador : ¡Jesús! Muerto soy. ¡Piedad!

Peribáñez : No temas, querida prenda; mas sígueme por aquí.

Casilda : No te hablo, de turbada. (ENTRENSE)

(Siéntese el Comendador en un silla)

Comendador : Señor, tu sangre sagrada se duela agora de mí, pues me ha dejado la herida pedir perdón a un vasallo.

Escena XVIII

(Leonardo, entra)

Leonardo : Todo en confusión lo hallo. ¡Ah, Inés! ¿Estás escondida? ¡Inés!

Comendador : Voces oigo aquí. ¿Quién llama?

Leonardo : Yo soy, Inés.

Comendador : ¡Ay Leonardo! ¿No me ves?

Leonardo : ¿Mi señor?

Comendador : Leonardo, sí.

Leonardo : ¿Qué te ha dado? Que parece que muy desmayado estás.

Comendador : Díome la muerte no más. Más el que ofende merece.

Leonardo : ¡Herido! ¿De quién?

Comendador : No quiero voces ni venganzas ya. Mi vida en peligro está, sola la del alma espero. No busques, ni hagas extremos, pues me han muerto con razón. Llévame a dar confesión, a las venganzas dejemos. A Peribáñez perdono.

Leonardo : ¿Qué un villano te mató, y que no lo vengo yo? Esto siento.

Comendador : Yo le abono. No es villano, es caballero; que pues le ceñí la espada con la guarnición dorada, no ha empleado mal su acero.

Leonardo : Vamos, llamaré a la puerta del Remedio.

Comendador : Solo es Dios (Váyanse)

Escena XIX

(Luján, enharinado; Inés, Peribáñez, Casilda)

Peribáñez : (Dentro) Aquí moriréis los dos.

Inés : (Dentro) Ya estoy, sin heridas, muerta. (Salen huyendo Luján e Inés)

Luján : Desventurado Luján, ¿dónde podrás esconderte? (Entranse por otra puerta, y sale Peribáñez tras ellos.)

Peribáñez : Ya no se excusa tu muerte. (Entrase.)

Luján : (Dentro) ¿Por qué, señor capitán?

Peribáñez : (Dentro) Por fingido segador.
Inés : (Dentro) Y a mí ¿por qué?
Peribáñez : (Dentro) Por traidora.
(Huya Luján, herido, y luego Inés)
Luján : (Dentro) ¡Fuerto soy!
Inés : (Dentro) ¡Prima y señora!

Escena XX

Casilda : No hay sangre donde hay honor. (Vuelve Peribáñez)
Peribáñez : Cayeron en el portal.
Casilda : Muy justo ha sido el castigo.
Peribáñez : ¿No irás, Casilda, conmigo?
Casilda : Tuya soy al bien o al mal.
Peribáñez : A las ancas desa yegua amanecerás conmigo en Toledo.
Casilda : Y a pie, digo.
Peribáñez : Tierra en medio es buena tregua en todo acontecimiento, y no aguardar al rigor.
Casilda : Dios háya al Comendador. Matóle su atrevimiento.

(Váyanse)
GALERÍA DEL ALCAZAR DE TOLEDO

Escena XXI

(Entra el Rey Enrique y el Condestable)

Rey : Alégrama de ver con qué alegría Castilla toda a la jornada viene.
Condestable : Aborrecen, señor, la monarquía en nuestra España el africano tiene.
Rey : Libre pienso dejar la Andalucía, si el ejército nuestro se previene, antes que el duro invierno con su yelo cubra los campos y enternezca el suelo. Iréis, Juan de Velasco, previniendo pues que la Vega da lugar bastante, al alarde famoso que pretendo, porque la fama del concurso espante por ese Tajo aurífero, y subiendo al muro por escalas de diamante, mire de pabellones y de tiendas otro Toledo por las verdes sendas. Tiemble en Granada el atrevido moro de las rojas banderas y pendones. Convierta su alegría en triste lloro.
Condestable : Hoy me verás formar los escuadrones.
Rey : La Reina viene, su presencia adoro. No ayuda mal es estas ocasiones.

Escena XXII
LA REINA Y ACOMPAÑAMIENTO

- Reina : Si es de importancia, volveréme luego.
- Rey : Cuando lo sea, que no os vais os ruego. ¿Qué puedo yo tratar de paz, señora, en que vos no podáis darme consejo? Y si es de guerra lo que trato agora, ¿cuándo con vos, mi bien, no me aconsejo? ¿Cómo queda don Juan?
- Reina : Por veros llora.
- Rey : Guárdele Dios; que es un divino espejo donde se ven agora retratados, mejor que los presentes, los pasados.
- Reina : El príncipe don Juan es hijo vuestro. Con esto sólo encarecido queda.
- Rey : Mas con decir que es vuestro, siendo nuestro, él mismo dice la virtud que encierra.
- Reina : Hágame el cielo en imitaros diestro; que con esto no más que le conceda, le ha dado todo el bien que le deseo.
- Rey : De vuestro generoso amor lo creo.
- Reina : Como tiene dos años, le quisiera de edad que esta jornada acompañara vuestras banderas.
- Rey : ¡Ojalá pudiera y al ensalzar la de Cristo comenzara!

Escena XXIII

(Gómez, Manrique entra)

- Rey : ¿Qué caja es esa?
- Gómez : Gente de la Vera y Extremadura.
- Condestable : De Guadalajara y Atienza pasa gente.
- Rey : ¿Y la de Ocaña?
- Gómez : Quédase atrás por una triste hazaña.
- Rey : ¿cómo?
- Gómez : Dice la gente que ha llega que a don Fadrique un labrador ha muerto. ¡A don Fadrique y al mejor soldado que trujo roja cruz!
- Reina : ¿Cierto?
- Gómez : Y muy cierto.
- Rey : En el alma, señora, me ha pesado. ¿Cómo fué tan notable desconcierto?
- Gómez : Por celos.
- Rey : ¿Fueron justos?
- Gómez : Fueron locos.
- Reina : Celos, señor, y cuerdos, habrá pocos.
- Rey : ¿Está preso el villano?
- Gómez : Huyóse luego con su mujer.
- Rey : ¡Qué desvergüenza extraña! ¡Con estas nuevas a Toledo llego! ¡Así de mi justicia tiembla España? Dad un pregón en la ciudad, os ruego, Madrid, Segovia, Talavera, Ocaña, que a quien los diere presos o sea muertos,

- : tendrán de renta mil escudos ciertos. Id luego, y que ninguno los encubra ni pueda dar sustento ni otra cosa, so pena de la vida.
- Gómez : Voy. (Vase)
- Rey : ¡Que cubra el cielo aquella mano rigurosa!
- Reina : Confiad que tan presto se descubra cuanto llegue la fama codiciosa del oro prometido.

ESCENA XXIV

UN PAJE ENTRA

- Paje : Aquí está Arceo, acabado el guión
- Rey : Verle deseo.
(Sale un Secretario con un pendón rojo y en él las armas de Castilla, con una mano arriba que tiene una espada, y en la otra banda un Cristo crucificado.)
- Secretario : Este es, señor, el guión.
- Rey : Mostrad. Paréceme bien; que este capitán también lo fué de mi redención.
- Reina : ¿Qué dicen las letras?
- Rey : Dicen: "Juzga tu causa, Señor."
- Reina : Palabras son de temor.
- Rey : Y es razón que atemorice.
- Reina : Destotra parte ¿qué está?
- Rey : El castillo y el león, y esta mano por blasón, que va castigando ya...
- Reina : ¿La letra?
- Rey : Sólo mi nombre.
- Reina : ¿Cómo?
- Rey : "Enrique Justiciero", que ya en lugar del Tercero quiero que este nombre asombre.

Escena XXV

ENTRA GÓMEZ

- Gómez : Ya se van dando pregones, con llanto de la ciudad.
- Reina : Las piedras mueve a piedad.
- Rey : Basta. ¡Qué! Los azadones ¿á las cruces de Santiago se igualan? ¿Cómo o por dónde?
- Reina : ¡Triste dél si no se esconde!
- Rey : Voto y juramento hago de hacer en él un castigo que ponga al mundo temor.

Escena XXVI

- Un paje
- Paje : (Al Rey.) Aquí dice un labrado que le importa hablar contigo.
- Rey : Señora, tomemos sillas.
- Condestable : Este algún aviso es.

Escena XXVII

(Peribáñez, todo de labrador, con capa larga, y su mujer)

- Peribáñez : Dame, gran señor, tus pies.
- Rey : Habla, y no estés de rodillas.
- Peribáñez : ¿Cómo, señor, puedo hablar, si me ha faltado la habla y turbados los sentidos después que miré tu cara? Pero siéndome farzoso, con la justa confianza que tengo de tu justicia, comienzo tales palabras. Yo soy Peribáñez...
- Rey : ¿Quién?
- Peribáñez : Peribáñez el de Ocaña.
- Rey : Matadle, guardas matadle.
- Reina : No en mis ojos. Teneos, guardas.
- Rey : Tened respeto a la Reina.
- Peribáñez : Pues ya que matarme mandas, ¿no me oirás, siquiera, Enrique, pues Justiciero te llaman?
- Reina : Bien dice: oilde, señor.
- Rey : Bien decís; no me acordaba que las partes se ha de oír, y más cuando son tan flacas. Prosigue.
- Peribáñez : Yo soy un hombre, aunque de villana casta, limpio de sangre, y jamás de hebrea o mora manchada. Fuí el mejor de mis iguales, y en cuantas cosas trataban me dieron primero voto, y truje seis años vara. Caséme con la que ves, también limpia, aunque villana; virtuosa, si la ha visto la envidia asida a la fama. El comendador Fadrique, de vuesa villa de Ocaña señor y comendador, dió, como mozo, en amarla. Fingiendo que por servicios, honró mis humildes casas de unos reposteros que eran cubiertos de tales cargas. Dióme un par de mulas buenas... mas no tan buenas; que sacan este carro de mi honra de los lodos de mi infamia. Con esto intento, una noche que ausente de Ocaña estaba, forzar mi mujer; mas fuése con la esperanza burlada. Vine yo, súpelo todo, y de las paredes bajas quité las armas, que al toro pudieran servir de capa. Advertí mejor su intento; mas llamóme una mañana, y díjome que tenía de vuestras altezas cartas para que con gente alguna le sirviese esta jornada; en fin, de cien labradores me dió la valiente escuadra. Con nombre de capitán salí con ellos de Ocaña; y como vi que de noche era mi deshonor clara, en una yegua a las diez de vuelta en mi casa estaba; que oí decir a un hidalgo que era bienaventuranza tener en las ocasiones dos yeguas buenas en casa. Hallé mis puertas rompidas y mi mujer destocada, como corderilla simple que está del lobo en las garras. Dió voces, llegué, saqué la misma daga y espada que deñí para servirte, no para tan triste hazaña; páséle el pecho, y entonces dejó la cordera blanca, porque yo, como pastor, supe del lobo quitarla. Vine a Toledo, y hallé que por mi cabeza daban mil escudos; y así, quise que mi Casilda

- : me traiga. Hazle esta merced, señor; que es quien agora la gana, porque viuda de mí, no pierda prenda tan alta.
- Rey : ¿Qué os parece?
- Reina : Que he llorado, que es la respuesta que basta para ver que no es delito, sino valor.
- Rey : ¡Que un labrador tan humilde estime tanto su fama! ¡Vive Dios, que no es razón matarle! Yo le hago gracia de la vida... Mas ¿qué digo? Esto justicia se llama. Y a un hombre deste valor le quiero en esta jornada por capitán de la gente misma que sacó de Ocaña. Den a su mujer la renta, y cúplase mi palabra, y después desta ocasión, para la defensa y guarda de su persona, le doy licencia de traer armas defensicas y ofensivas.
- Peribáñez : Con razón todos te llaman don Enrique el Justiciero.
- Reina : A vos, labradora honrada, os mando de mis vestidos cuatro, porque andéis con galas siendo mujer de soldado.
- Peribáñez : Senado; con esto acaba la tragicomedia insigne del Comendador de Ocaña.

FIN DE LA TRAGICOMEDIA DE "PERIBAÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA."

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP